

LA VENGANZA

DEL CIEGO

Y

OTROS

CUENTOS

Víctor García Barquero

La venganza del ciego

y

otros cuentos

Víctor García Barquero

Libro de relatos

1ª Edición 15 de agosto de 2016

www.victorgarciabarquero.jimdo.com

RELATOS

Un cuerpo en el hotel

La venganza del ciego

El fragmento de jarrón

El encargo

Un portal más allá

Brasil

Un muerto muy vivo

Aterrada

La fosa

Testigo

Un cadáver en el centro del campo

Libertad

Un cuerpo en el hotel

1

Aquella mañana el sol me despertó antes de que sonase la alarma del móvil. Las sensaciones contradictorias volvieron a mi cabeza. Había pasado la noche dándole vueltas al asunto. Tenía que hacer una declaración sobre los hechos acaecidos durante los últimos meses y era muy posible que si contaba toda la verdad, mi compañero de departamento fuese castigado con la apertura de un expediente y apartado del cuerpo durante un periodo indefinido. Mark ha sido siempre un policía impecable, pero la desgracia se ha cebado con él durante el último año.

Nos llegó a las manos un caso de asesinato, y aunque Mark se encontraba de baja, logré convencerlo para que se reincorporase al servicio activo. Mejor hubiese sido dejarlo tranquilo en su apacible retiro.

Tuvimos suerte, la casualidad se puso de nuestra parte, pero Mark la cagó. Depresión, abuso del alcohol y una mente privilegiada, que lo dotó de una confianza excesiva en sus posibilidades, se confabularon para que ahora nos veamos ante esta desagradable situación.

2

Las enormes puertas del estadio de fútbol vomitaron un caudal humano que no cesaba de tararear los tonos de la última canción que se había escuchado en el concierto. Ella era rubia, caminaba sola una vez que se alejó del gentío, quería llegar a casa cuanto antes, tenía trabajo atrasado que debía terminar el sábado por la mañana.

Escuchó unos pasos a sus espaldas, pero no quiso volverse, aceleró ligeramente con cierto disimulo.

–No temas, ¿me permites acompañarte?

Le pudo la curiosidad. Volvió su atractivo rostro y reconoció al chico que había estado bailando a su lado durante el concierto. Se habían cruzado miradas y sonrisas, pero hasta ese momento ni una sola palabra.

Recorrieron varios locales de la zona, ella tomó gintonic, él whisky cola. La conversación se animaba por momentos, hasta que llegó la hora de tomar una decisión. Marcharse a casa, sola o acompañada, o continuar la fiesta en una disco. Tomaron la decisión que se tomaba con más facilidad, y que aplazaba lo inevitable. Las luces y la bebida les aturdían la cabeza, flotaban en una nebulosa de miradas, sonrisas y risas mientras bailaban empujados por un frenético ritmo dance.

–Voy un momento al baño, no tardo nada –prometió él.

Mientras esperaba su regreso pidió en la barra una nueva copa y trató de ordenar sus pensamientos. Todo estaba yendo demasiado rápido, se sentía muy cómoda a su lado, además de su incuestionable atractivo, aquel joven tenía un magnetismo tal que estaba consiguiendo que bajase sus defensas.

La camarera le preparó otro gintonic adornado con unas peladuras de naranja. No fue consciente del tiempo que había transcurrido hasta que terminó la bebida. Sintió un poco de pánico al pensar que le habían dado plantón, pero luego lo pensó mejor y decidió acercarse a inspeccionar; quizá le hubiese ocurrido algo grave a su acompañante y necesitase su ayuda.

3

La caravana estaba aparcada al final del angosto camino. Había una ingente cantidad de latas de cerveza, de distintos colores y marcas, tiradas bajo un rudimentario toldo fabricado con una lona fina y sujeto con varias ramas seleccionadas de los árboles cercanos. Siguió el reguero de bebidas hasta una pasarela de madera que se internaba en el lago. Sentado sobre una desvencijada hamaca se dibujaba la silueta de un hombre, que lanzaba la caña de pescar con la esperanza de poder asar una buena pieza en la hoguera a la hora de cenar.

El visitante se internó por la pasarela sin que el pescador mostrase signo alguno de inquietud.

– ¿Hay suerte? –preguntó Marcus a modo de saludo.

Mark giró la cabeza señalando a un cubo azul de plástico.

–Si quieres te invito a cenar.

Marcus observó que el cubo estaba completamente vacío. Sabía que su amigo lo estaba invitando a marcharse valiéndose de su fina ironía. Así había ocurrido durante las últimas once visitas que Marcus le había realizado desde que Mark salió del hospital.

–Tienes que volver.

Mark no contestó, soltó la lata de cerveza que se derramó por el impulso, no le concedió al asunto la menor importancia, tenía la nevera repleta de ellas.

Tomó la muñeca de su brazo izquierdo y la levantó tirando de ella, la mantuvo en alto unos segundos y luego la soltó. El brazo volvió a caer inerte a

su posición inicial.

–Estoy como Cervantes, ya lo sabes.

–Tus cuentas están en números rojos. Necesitamos tu inteligencia para resolver un caso difícil. Vuelve.

Mark permaneció pensativo. Haciendo un esfuerzo tremendo por escuchar a su amigo, por hacerle caso y reconducir su vida.

–Ya está bien de compadecerse.

–Vale, pero tómate una cerveza conmigo, aquí, junto a la orilla. Quiero despedirme del lago y del entorno.

Se sacó las botas, que tenían varios agujeros, así como los calcetines, y metió los pies en el agua. Aquello le calmó ligeramente, pero solo ligeramente, el dolor continuo que se le había metido en el pecho desde hacía ya demasiado tiempo.

–Vendrás conmigo a mi apartamento. Necesitas ducha, afeitado y corte de pelo. ¿Tú te hueles?

Mark esbozó una sonrisa de derrota.

– ¿Qué ocurre con Mati? Ya sabes que no le caí muy bien cuando la trajiste contigo al lago.

–Ha viajado al pueblo, pasará unos días rodeada de su familia. Nos vendrá bien.

– ¿Problemas en el paraíso?

No hubo contestación.

Después de la muerte de Eva, Mark había perdido la cabeza. Se había enfrentado a un implacable criminal sin apoyo de sus compañeros. Había recibido un impacto de bala con dos consecuencias graves: la pérdida de movilidad del brazo izquierdo; y un coma profundo causado por la excesiva

pérdida de sangre, que lo había tenido en estado vegetal durante varios meses.

Marcus había llegado a rendirse, creía que su amigo jamás despertaría. Lo había probado todo: música, lectura, audiciones de goles y canastas decisivas...

Fue entonces cuando encontró una grabación de Eva, en la que cantaba una canción tras la que reía a carcajadas después de descubrir que Mark la estaba grabando. Así despertó, así de simple, solo necesitaba escuchar la risa de su esposa fallecida.

–Me tenías que haber dejado con ella.

Marcus cerró los ojos, estaba cansado de la actitud de su compañero.

4

El cartel que rezaba ALQUILER DE APARTAMENTOS continuaba encendido a pesar de que el sol alumbraba remontando las colinas que cerraban La Ciudad. Algunas de las bombillas estaban fundidas por lo que las letras aparecían incompletas.

Aparcaron el vehículo en una pequeña zona habilitada para ello. A Mark le costó salir del coche; pero Marcus se hizo el despistado, sabía que su amigo se cabrearía si le ofrecía su ayuda.

El recepcionista los condujo a través del patio rectangular que daba acceso a las entradas de los apartamentos.

Moncada estaba apoyado en la barandilla, con la mirada perdida en los rosales del jardín, único adorno natural del patio interior.

Los detectives saludaron, y Moncada mostró alegría y sorpresa al ver a

Mark. Pero tampoco quiso mostrarse demasiado afectuoso, el carácter de Mark se había agriado hasta límites insospechados.

–Los muchachos están dentro, pero no han querido tocar nada hasta que analicéis la escena.

En el interior del apartamento aparecía un hombre tirado en el suelo. Presentaba un disparo en la cabeza, previsiblemente la causa de la muerte.

Aunque la visión del cadáver no era tan desagradable, apenas un charco de sangre alrededor del cuerpo y salpicaduras en la pared, Mark se sintió algo mareado. Era su primer caso en mucho tiempo. Marcus se dio cuenta de que su compañero estaba palideciendo. De pronto le vino a la mente el momento en que encontró a Mark herido de muerte, el olor a sangre le desagradaba desde entonces, pero ahora, al encontrarse allí con él, sintió que se mareaba también.

Ambos salieron al patio y vomitaron sobre las rosas.

–Tomaos vuestro tiempo –dijo Moncada meneando la cabeza como si estuviese en presencia de un par de novatos.

–Necesitamos un poco de aire, estamos bien –contestó Marcus entre arcadas.

Una vez recuperados, volvieron a la escena del crimen. La interpretación de lo sucedido era bastante obvia. El finado había recibido un disparo a bocajarro, había intentado congelar el momento diciéndole algo a su agresor, por eso había estirado la palma de la mano para que aquel no disparase, era impensable que hubiera querido parar la bala. En la otra mano sujetaba algo parecido a un diario. Quizá hubiese algo escrito que les ayudase a aclarar el asunto.

El proyectil había traspasado la mano, también el cráneo llevándose parte de los sesos por delante, y se había alojado en la pared. El arma utilizada había desaparecido, pero la funda y las correas permanecían sobre la mesa.

–Todo indica que la pistola era del muerto, que se alojaba en este apartamento. También parece que conocía a su asesino, ya que la puerta no

está forzada –apuntó Mark.

–El encargado dice que se presentó con una chica rubia. Él llevaba varios días sin aparecer por la habitación y se comportaba de forma muy extraña – comentó Moncada.

–Me preguntó si tenía una habitación alquilada –intervino el aludido– y que hiciese el favor de decirle a qué nombre estaba la reserva. Luego se marchó con la chica, a los pocos minutos se produjo el disparo, cuando llegué a la habitación la puerta estaba abierta, pero no había nadie más en ella. Luego les llamé a ustedes.

5

Observé un grupo de personas arremolinadas en el baño de los chicos. Mi inquietud se acrecentó segura de que algo malo había ocurrido. Mis sospechas se confirmaron cuando mi amigo se escurrió de entre el grupo de personas, tenía la camisa manchada de sangre y trataba de contener la hemorragia que brotaba de su cabeza presionando con un pañuelo sobre la herida.

–Tomaremos un taxi, deben examinarte en un hospital. Los golpes en la cabeza pueden ser muy traicioneros.

Él me miró como si no me conociese de nada, pero se dejó guiar por mis indicaciones, parecía de acuerdo conmigo en lo relativo a la gravedad de su herida. Le suturaron la fea brecha, sin embargo, lo peor del incidente fue que el golpe le provocó una momentánea pérdida de memoria. Eso dijo el médico, aunque tampoco se aventuró a pronosticar cuánto tiempo estaría así. Recomendó la hospitalización a la espera de más pruebas.

Mi amigo, del que ni siquiera yo recordaba su nombre, se negó a permanecer en el hospital y solicitó el alta voluntaria.

Me vi involucrada en un tortuoso periplo nocturno intentando ayudarlo a descubrir su identidad. Le habían robado la cartera, posible causa de la paliza, por lo que no había manera de encontrar su domicilio.

Poco antes del amanecer, y exhaustos de tanto caminar sin rumbo por las calles, el luminoso cartel de un hotel le hizo recordar algo. Con grandes esfuerzos logró averiguar dónde se hospedaba.

Llegamos a su hotel con las primeras luces del alba, lo acompañé a su habitación y luego me marché a casa. No permanecí nada más que unos minutos en aquel lugar, que por otra parte me dio bastante mala impresión.

6

Mark y Marcus deambulaban por las calles en un vehículo oficial. Sabían que necesitarían mucha suerte para que algo de lo que viesan o de lo que les contasen sus informadores les sirviese para encauzar el caso que estaban investigando. Contaban con muy pocos datos, necesitarían algo más para establecer una hipótesis fiable sobre la que trabajar. Se dirigieron a los suburbios con el fin de interrogar a algunos de los mendigos a los que de vez en cuando pagaban en metálico o con alimentos por mantener los ojos abiertos.

—Me encontraba recostado bajo una de las columnas del puente. Tapado con unos cartones para protegerme del frío. Ya había amanecido, pero el sol no lograba calentar el ambiente. Además, la zona se encuentra en penumbra y hay mucha humedad. Como ven todo está rodeado de basura y escombros. Cuando escuché los primeros pasos me asusté, pensé que me encontraba en peligro, por lo que permanecí inmóvil. Luego la curiosidad me venció, ya que se trataba de una joven bonita, de cabello rubio, calzado caro y muy bien

vestida. Recuerdo que la palidez de su rostro me sobresaltó, y también su parecido con una actriz famosa de la tele, no sé si todavía saldrá, no veo la caja tonta desde hace mucho tiempo. El caso es que sacó de uno de los bolsillos de su abrigo, de color rojo para más señas, una pistola plateada y la arrojó entre los desperdicios. No me he atrevido a cogerla, la he mirado desde lejos, pero no la he tocado.

Después de hablar con el mendigo que les servía de informante, quien solía dormir en una arboleda cercana o bajo el puente como aquella noche, le entregaron varias monedas y le trajeron un bocadillo.

Mark miraba con atención la pistola, cuidadosamente guardada en una bolsa de plástico, mientras regresaban de nuevo a la comisaría para compartir con su jefe el nuevo hallazgo. Quizá el arma estuviese relacionada con alguna investigación en curso. Aún no sabían que la prueba les tocaba más de cerca de lo que jamás pudieron imaginar.

7

Nada más llegar a comisaría, el jefe Moncada los detuvo en el pasillo.

–Estamos cortos de efectivos, tenéis que interrogar a una sospechosa de envenenamiento.

Notó el desconcierto en los rostros de los detectives por lo que se tomó un minuto para ponerlos en antecedentes. Abrió la puerta más cercana al pasillo en el que se encontraban. Por suerte estaba vacía, se sentaron alrededor de una mesa de despacho y les relató brevemente lo más significativo del nuevo caso al que se enfrentaban.

–Lamento que tengáis que aparcar el asunto del hotel. Como sabéis, la reducción de recursos y de personal nos está afectando a todos. El forense ha determinado muerte por envenenamiento en uno de los cuerpos a los que el juez ha ordenado practicar la autopsia. Se trata de un hombre de 35 años que vivía con su hermana. Acercaos al domicilio y averiguad lo que podáis.

Estiró la mano hasta un lapicero, extrajo un bolígrafo con el que garabateó en un trozo de papel la dirección a la que tenían que dirigirse.

Ambos detectives acataron la orden a regañadientes. Dejaron el arma para que el experto en balística determinase si coincidía con los casquillos o quizá con alguna bala recuperada de la escena de algún crimen.

El pisito era modesto, totalmente desposeído de lujos, pero olía a limpio, como si la inquilina se hubiese obsesionado en limpiar todo rastro de suciedad para ahuyentar así el oscuro ambiente que había dejado la desgracia tras de sí.

La chica abrió un cajón y sacó una foto de su hermano. Era significativo que no tuviese ninguna de ellas a la vista, ni tampoco de familiar alguno. Se trataba de un domicilio falto por completo de personalidad.

–Era mi hermano, falleció de forma imprevista hace un par de días. Era tan joven...

Se puso a llorar desconsolada sin poder emitir una frase completa durante la visita de los detectives. Entre sollozos e hipidos asentía o negaba a las preguntas de los policías. Permanecieron con la chica más de una hora, tratando de cogerla en alguna contradicción. No quisieron tomar té ni café. Sospechaban que había envenenado a su hermano, no era cuestión de arriesgarse. No parecía una persona desequilibrada, pero nunca se sabe. Tampoco lograron sacar demasiado en claro, y de momento no encontraron un móvil para acusarla, por lo que se vieron obligados a dejarla en libertad hasta que las pruebas la inculpasen.

8

De nuevo en el coche patrulla decidieron parar en una cafetería cercana y de paso poner en orden las ideas, establecer hipótesis y tratar de esclarecer los hechos.

– ¿Te has fijado en el extraordinario parecido que tiene con Julia Roberts? Algo más rubia, es cierto.

–No es para tanto, pero sí que da un aire, sobre todo en la boca – respondió Mark.

– ¿Crees en las casualidades?

–Esta sería tremenda. Quizá hayamos tenido un golpe de suerte y ambos casos están relacionados.

–Podemos situar a la chica tirando un arma en un vertedero, si se demuestra que es la misma con la que asesinaron al hombre de los apartamentos, podríamos tener una asesina en serie.

–No me ha parecido esa clase de persona. Un crimen familiar todavía podría tener explicación, pero no debemos sacar conclusiones precipitadas.

Marcus casi tuvo que sacar a rastras a su compañero para evitar que terminase bebiendo más de la cuenta. Necesitaba su inteligencia trabajando al cien por cien y sabía que si no estaba pendiente su amigo terminaría borracho todas las noches.

Las luces azules y anaranjadas de cartel publicitario parpadearían sin descanso durante toda la madrugada. Mark se había acostado en el sofá situado en mitad del pequeño salón del apartamento de Marcus. No había bajado la persiana del todo, y aquella feria de luces lo había desvelado. Salió

del edificio sin hacer ruido, no quiso despertar a Marcus ni tampoco a los vecinos. Comenzó a andar mientras se abrochaba la chaqueta y apretaba su bufanda al cuello con su única mano útil. No era demasiado tarde, pero sí más de medianoche. Encaminó sus pasos hacia el domicilio de la principal sospechosa. Sabía que estaba cometiendo una irregularidad, sin embargo sentía un deseo irrefrenable de hacer las cosas a su manera. Alguna conexión con el sentido común se había roto en su interior, presentía que su situación no podía ir a peor. Nada le devolvería a su esposa, sería un lisiado toda su vida y jamás recuperaría su cordura, al menos la que tenía antes del caso que terminó con su antiguo yo para siempre.

Como sospechaba, las luces del tercer piso estaban encendidas. Se aventuró a llamar al portero automático, aun a sabiendas de que la joven podría interponer una queja ante sus superiores.

–Soy Mark, el detective, perdone la hora, pero paseaba por la zona y he visto luz en el interior.

– ¿Qué desea?

–Quería confirmar algunas cuestiones sobre la investigación de la muerte de su hermano.

El sonido metálico le dio acceso a un pequeño y oscuro recibidor. Palpó la pared y encontró el interruptor, la bombilla de pocos vatios emitió una luz amarillenta que le ayudó a localizar las escaleras.

La joven lo recibió en bata de casa, le ofreció una bebida y se sentaron alrededor de una mesa camilla. Uno frente al otro.

–No traigo micrófonos, y nada de lo que hablemos aquí me serviría ante un tribunal para acusarla. Sé todo lo ocurrido, tenemos un testigo que declarará que tiró el arma homicida en un vertedero. No tengo claro aún lo de su hermano, pero no tardará en aparecer algún motivo que la incrimine.

La chica pareció relajarse tras las palabras de Mark. Era como si deseara que la descubriesen. No soportaba el peso de la culpa sobre su conciencia.

–Solamente quería comunicarle que si colabora con la justicia y nos ahorra trabajo, intentaremos que su ayuda se refleje en una mejora de su condena.

Al principio se mostró dubitativa, pero pronto cedió a la presión del detective, que se mostró implacable en sus comentarios.

–En mala hora decidí ir a aquel concierto. Conocí a un hombre encantador, al menos esa fue mi primera impresión.

Bebimos, reímos, bailamos...

Durante un momento de la noche en el que nos separemos, tuvo lugar una pelea, no sé cómo sucedió, pero cuando me volví a encontrar con él había sufrido un golpe en la cabeza que le provocó pérdida de memoria. No teníamos forma de saber quién era y dónde se alojaba, ya que le habían robado la documentación. En principio se negó en rotundo a ir al hospital, tenía una pequeña brecha en la parte de atrás de la cabeza, pero no dejaba de sangrar. No creí del todo que no se acordase de nada, y me pareció muy sospechoso que no quisiese atención médica. Al final accedió, pero en cuanto lo hubieron atendido de urgencia, solicitó el alta voluntaria en contra de la opinión de los doctores que aconsejaron su ingreso para realizar más pruebas. Estuvimos deambulando por la ciudad, yo tenía unas ganas enormes de marcharme a mi casa. Me fiaba menos de él a cada paso, y la situación me resultaba muy sospechosa, sin embargo decidí ayudarlo a encontrar su domicilio.

Poco a poco comenzaron a aclarársele las ideas, le asaltaban recuerdos en forma de flash –eso decía– hasta que recordó el nombre de un hotel. Por suerte no quedaba muy lejos. Quise despedirme, pero alegó que no sabía cómo llegar hasta allí y me pidió encarecidamente que lo acompañase.

Permanecieron en silencio durante unos minutos. Ella pareció dudar sobre

su confesión. Decir abiertamente que había disparado a una persona provocando su muerte no resultaba nada fácil. Mark trató de ayudarla comunicándole lo que ya habían descubierto.

–El regente del hotel declaró que una mujer rubia con un abrigo rojo acompañaba a la víctima momentos antes de producirse un disparo. Supone que el asesino o asesina dio la vuelta por detrás de los apartamentos mientras él acudía hacia el lugar de donde le pareció escuchar la detonación por lo que no se cruzó con usted durante su huida. ¿Seguro que no encontraríamos un abrigo rojo si efectuásemos un futuro registro de la casa?

–No hallarían ningún abrigo rojo, se manchó de salpicaduras de sangre.

–¿Qué me dice de su hermano? El forense ha dictaminado muerte por envenenamiento.

Ella se derrumbó en un mar de pesadumbre.

–Yo quería a mi hermano. Usted no puede comprenderlo.

–Ayúdeme.

–Hace algunas semanas, revisando el correo, encontré una carta de un bufete de abogados dirigida a mi hermano Lázaro. Tuve la tentación de abrirla, no acertaba a entender el motivo de tal correspondencia, incluso llegué a preocuparme, ya sabe, los pensamientos siempre se ponen en lo peor. Después de pensarlo fríamente, dejé el sobre entre las facturas y la publicidad, si se trataba de algo importante ya me lo haría saber mi hermano. Entre nosotros no había secretos, al menos eso pensaba yo. Aquel día comimos juntos, y sabía que había leído la carta, sin embargo, la guardó y no pronunció ni una sola palabra sobre el asunto.

Desde aquel día lo noté preocupado, me miraba de forma extraña. En principio no relacioné su cambio de actitud con aquella misteriosa carta, hasta que un día, mientras ordenaba y hacía un poco de limpieza encontré el sobre abierto, oculto entre los libros de una estantería.

Desde que me quedé en paro me he hecho cargo de la casa, y me he

desconectado del mundo exterior. El concierto del que le hablé antes resultó un acto extraordinario y supuso un gran esfuerzo para mí, más aún teniendo en cuenta que carezco de amistades, por lo que tuve que ir sola. En principio iba a acompañarme mi hermano, pero en el último momento le surgió algo. Casi me obligó a salir de casa, yo me negaba a hacerlo sin su compañía. Quizá esta situación hizo que confiase en aquel extraño, necesitaba relacionarme con otras personas.

De nuevo permaneció con la mirada perdida en la pared que estaba a espaldas del detective.

–Me hablaba de la carta –trató Mark de reconducir el hilo discursivo.

–Todo esto venía a cuento para explicar cómo se las había apañado mi hermano para vencer la voluntad de una de mis tías para que lo nombrase heredero universal de su fortuna. Sin embargo, el asunto no era tan sencillo, mi tía no ha muerto aún y yo podría reclamar lo que en justicia era mío si llegaba a enterarme del asunto.

–No si la hacía desaparecer –apuntó el detective.

–Lo comprendí todo cuando vi la pistola sobre la mesa y un sobre con un buen fajo de dinero que se escapaba desparramado de su interior.

9

Como dije antes, para cuando recordó el nombre de su hotel, ya estaba harta de dar vueltas por las calles de la ciudad. Casi me obligó, usando la baza de la pena, a acompañarlo hasta aquel lugar. Pasamos por una recepción en la que el encargado parecía dormitar. Se trataba de apartahoteles individuales con un jardín central que daba acceso a cada una de las habitaciones con su entrada individual. Quise despedirme sin acceder al

interior, alegó que quería mostrarme algo, hacerme un regalo por mi paciencia. Cuando entré en la habitación comprendí que realmente había perdido la memoria, ya que sobre la mesa había un arma y un sobre repleto de dinero, del que asomaban algunos billetes, y ni tan siquiera se apercibió de ello. Me fijé un poco mejor para descubrir que también había una foto mía. Se me desplomó el alma a los pies al comprenderlo todo. En un arrebato de locura agarré la pistola y le apunté a la cabeza, él se protegió con una mano, un gesto inútil ya que la bala atravesó su palma, penetró en su frente y salió por la parte trasera de su cabeza alojándose en la pared acompañada de multitud de salpicaduras de sangre y trozos blancos de gelatinoso cerebro.

Después de las nauseas sentí cierta lástima, era cierto que quería regalarme algo, un cuaderno, quizá un diario. Tuve la suficiente sangre fría como para llevarme mi foto y el sobre con el dinero. Luego el pánico se apoderó de mí, abandoné el apartamento, me confundí de dirección pero por suerte el recinto era cuadrado y pude dar la vuelta por detrás, lo cual me permitió salir sin cruzarme con el conserje.

Mark no recordaba en qué momento la chica se había levantado a por una botella de güisqui y dos vasos. Se sentía algo mareado y con la sensación de que la joven se le estaba insinuando. Si accedía, si se dejaba seducir, la habría cagado definitivamente, habría tirado por tierra un caso que por casualidades de la vida se les había presentado en bandeja para su resolución.

Tampoco fue consciente de que ella realizase ninguna llamada, pero así debió ser, porque pasado cierto tiempo llamaron a la puerta. Entonces lo comprendió todo.

Eran dos de sus compañeros, una patrulla que realizaba su ronda por las cercanías había recibido el aviso.

—Este hombre se ha presentado borracho, y me está acusando de no sé qué atrocidades. Les ruego que se lo lleven de mi casa. Fíjense qué horas.

La visita de Mark puso en peligro la investigación. La chica contrató un bufete de abogados de reconocido prestigio que logró invalidar algunas de las pruebas que considerábamos esenciales. Consiguieron que apartasen a mi compañero del caso y que le abriesen una investigación interna.

A los pocos días, el mendigo que fue testigo de cómo la sospechosa se deshacía de la posible arma del crimen apareció convenientemente asesinado. Esta vez la chica tenía coartada, por lo que no pudimos hacer nada al respecto a pesar de que todas las sospechas recaían sobre ella. Poco antes del juicio, el recepcionista del hotel cambió por completo su declaración y se retractó de su primera versión, negando que hubiese visto a alguna joven rubia acompañando a la víctima la noche de autos.

El juicio se celebró, habíamos perdido la mayoría de las pruebas, y aunque Mark tenía su confesión oral, de nada sirvió su declaración. La defensa tenía dos testigos, los policías que lo sacaron del piso de la chica, que atestiguaron que Mark se encontraba bajo los efectos del alcohol aquella noche.

Para los abogados fue como coser y cantar, en menos que canta un gallo su defendida se encontraba libre y sin posibilidad de ser juzgada por unos delitos que con total seguridad había cometido.

Continué investigando, más por vicio que por otra cosa, también por esclarecer la verdad, al menos para mí y mi compañero Mark. Por cierto, hace unas semanas que no sé nada de él, ha vuelto a recluirse en su caravana, rodeado de latas de cerveza y de restos de los peces que pesca en el lago y que constituyen su único alimento.

La joven no resultó ser una víctima de las circunstancias. Mis pesquisas me llevaron a descubrir que había estado casada en un país extranjero, aunque en su libro de familia no estuviese recogido, no sé cuánto le había costado limpiar su pasado, pero creo que no es nada barato. La realidad es que se había quedado viuda de un narcotraficante, un mafioso con buenos amigos que no dudaría en ayudar a su esposa en caso de necesitarlo.

En este punto es donde cuadraba todo. Ellos se habían encargado de asesinar al mendigo que hacía también las veces de informador, y se habían asegurado bajo amenazas de que el gerente del hotel no abriese la boca.

Todo esto no eran más que conjeturas, una explicación que encajaba todas las piezas del puzzle, pero que me sería imposible demostrar.

FIN

La venganza del ciego

—¡Ahora!

Fue lo último que escuchó antes de perder la conciencia debido al tremendo golpe que se dio contra una de las columnas de los soportales.

Lo despertó la pertinaz lluvia que volvía a descargar sobre la plaza. El lugar se hallaba desierto por lo que nadie se preocupó de socorrerlo. Se arrastró para guarecerse del aguacero. Se había vuelto a quedar solo, entonces extrañó al muchacho y se arrepintió de haberlo tratado tan mal desde el primer día.

Lo había engañado para que acercase el oído al toro de piedra, allá a la salida de Salamanca, a la entrada del puente que cruza sobre el río Tormes. Cuando el inocente muchacho le hizo caso, se llevó una tremenda calabazada contra la dura piedra que lo dejó casi sin sentido.

"El mozo de un ciego ha de ser más listo que el diablo".

En otra ocasión le había roto un jarro de vino en el rostro. Lázaro se las había ingeniado para sisarle el vino, primero mediante una paja y luego horadando un agujero en la base del cantarillo, que tapaba con un trocito de cera. Luego aprovechaba que la cera se derretía al fuego para beber su ración de vino. El ciego, muy astuto, había localizado la fuentecilla, y una vez que el muchacho estuvo sentado entre sus piernas y con la boca abierta esperando el dulce néctar, le estrelló el jarrillo rompiéndolo en mil pedazos, así como la cara del muchacho, llevándose también algunos dientes.

El taimado Lazarillo se vengaba llevando al ciego por los caminos más empedrados y embarrados, cuando el ciego se daba cuenta de ello, le tentaba

el cogote con el bastón y le arreaba coscorrones a la menor ocasión.

Otra vez, en la villa de Escalona, el jodido muchacho le cambió una longaniza que se asaba al fuego por un nabo largo y esmirriado, que le introdujo al ciego entre dos panes; mientras él se comía la ansiada longaniza.

El ciego al morder el nabo notó el engaño, por lo que metió la nariz en la boca de Lázaro para olfatear si se la había comido. Tanto asco sintió el muchacho al sentir la respiración del ciego tan dentro de él, que devolvió a su dueño lo que del ciego era en un principio, mal masticada y a medio digerir.

La hazaña le costó a Lázaro no pocos arañazos y la pérdida de algunos pelos, que el enfurecido ciego le arrancó de cuajo, sin piedad ninguna. Y tal vez hubiesen sido los últimos días del muchacho si los vecinos no hubiesen acudido en su auxilio.

Le lavaron la cara con el vino que había comprado el ciego para acompañar la merienda, de lo que este se quejó amargamente:

—"Este mozo gasta más vino en lavatorios en un años del que yo me bebo en dos. Más le debe al vino que a su padre; él lo engendró una vez, pero el vino lo ha resucitado un centenar".

Aquel día decidió Lázaro abandonar al ciego, llegado el punto en el que lo encontramos justo después de haber perdido la conciencia a causa de lo que a continuación se cuenta.

Había estado lloviendo toda la noche, y en la plaza corrían los arroyos de agua sin control ninguno. Por eso Lázaro le dijo al ciego que saltarían por un lugar donde los charcos se estrechaban. Lo que no olió el ciego, como antes sí la longaniza, era que Lázaro la había colocado frente a un pilar de piedra. A la orden del muchacho, el ciego saltó desprevenido, dando tal cabezazo en el poste que Lázaro lo dejó por muerto tirado en el suelo, huyendo de la villa antes de que acudiesen los vecinos en auxilio del malparado amo.

Una vez recuperado, y aún sabiendo que el muchacho tenía motivos suficientes para su traición, el oscuro corazón del ciego comenzó a tramar su venganza.

Llegó a oídos del ciego que Lázaro había entrado al servicio de un nuevo amo en la cercana localidad de Maqueda. Él, por su parte, se había agenciado la ayuda de un nuevo muchacho, mucho más servicial que el anterior. En cuanto sus obligaciones, que no eran otras que recaudar alguna limosna, se lo permitieron, se dirigió al encuentro de Lázaro con la idea de hacerle saber a su nuevo amo que el muchacho ya tenía dueño y hacerle pagar a esta último por el tremendo golpe que le había propinado contra el poste de piedra. Lázaro no era libre, si el clérigo quería conservarlo debería dale algún beneficio a cambio. De sobre era conocido que los miembros del clero no pasaban hambre. Sintió cierta envidia del muchacho, ya que sospechó, de forma errónea, que había pasado a mejor vida.

Para cuando el ciego localizó el lugar concreto donde se alojaba Lázaro, tuvo que lamentar llegar demasiado tarde. Según supo de boca del clérigo, este lo había echado de la casa, hecho que no extrañó al ciego. Compartieron algunas de las peripecias que a ambos les habían acontecido en compañía del muchacho. Al final de la charla y las risas compartidas, el clérigo de dio un par de panecillos de los que había roído el mozo cuando se hizo con la llave del arcón donde celosamente eran custodiados por el cura.

Pronto tuvo noticias el ciego de que un muchacho andaba pidiendo limosna en la ciudad de Toledo. Sin embargo, cuando llegó acompañado de su nuevo lazarillo, las gentes del lugar desconocían dónde se había marchado el joven mendigo. En una ciudad tan populosa, le costó varios días localizarlo. La noticia de que estaban interrogando a un joven al que su amo había abandonado huyendo de sus creedores lo puso sobre la pista.

Después de ser interrogado por los alguaciles sobre las deudas de su amo, el escudero, Lázaro se encontraba tomando el almuerzo en casa de una vecina en una mesa cercana a una ventana que ofrecía una perfecta perspectiva de la calle. El muchacho palideció al ver cómo se acercaba la figura inconfundible envuelta en una capa y tocada en su cabeza con un sombrero de alas caídas.

—Tiene usted que esconderme, y decirle al ciego, si pregunta por mí, que me he marchado de Toledo.

Los golpes del cayado sobre los antiguos maderos de la puerta sonaron de

forma atronadora, Lázaro se tapó los oídos con sus manos y recordó uno por uno los golpes que le había proferido su antiguo amo con aquel mismo bastón.

Abrió el postigo el ciego y quitó la tranca antes de que la dueña de la casa tuviese tiempo de contestar, por lo que la puerta se abrió de par en par, dibujándose por el contraste del sol en la calle y la oscuridad de la estancia, la figura de aquel temible hombre que apoyaba su mano en el hombro de un muchacho que ahora le servía de lazarillo.

—¡Buenos días!

—¡Buenos días serán! —respondió la señora.

—Ando buscando a un muchacho, que estaba a mi servicio, que por circunstancias de la vida se separó de mi presencia, y del que guardo gran cariño. Siento gran pesar desde que me abandonó, y temo que pueda haberle ocurrido algo grave. Su madre me encomendó su cuidado, y no he sabido hacerme valedor de su aprecio.

—Hubo un joven al servicio de un hidalgo vecino de esta misma calle, pero el muchacho se ha marchado de Toledo, o al menos esa era su intención, ya que su amo está acusado de morosidad y la justicia quería encausar también al chaval.

Yo le daba de comer la mayoría de los días, ya que en la casa del escudero no entraba otra comida que la que le llevaba Lázaro, ese decía ser su nombre. El agradecido muchacho se despidió antes de marcharse, y me comentó que el alguacil lo había asustado con injustas acusaciones de ser partícipe de la estafa de su amo; por eso, había preferido irse de la ciudad, para evitar así cualquier problema con la justicia.

Lázaro estaba escondido en la alacena, y a través de las celosías podía ver al ciego husmeando y olfateando como si se tratase de un podenco. Sabía que había localizado su olor, por lo que comenzó a temblar mientras una gota de sudor frío de corría por la espalda. Rezaba para que el olor del queso camuflase el suyo y al final se diese por vencido.

Así ocurrió rato después, el ciego se despidió y días después abandonó

Toledo. Tendrían que pasar varios años hasta que el ciego tomase cumplida venganza.

Quiso la mala fortuna que el ciego regresase a Toledo para disfrutar de los festejos que tenían lugar con motivo de la celebración de las Cortes que el emperador Carlos I celebraba en la ciudad. Cuando había mucha gente, era más fácil recaudar limosna –decía el sabio ciego a su lazarillo, mientras le apretaba el cogote con fuerza para que no escapase de su alcance–. Atento siempre a cuentos y chismorreos, no tardó en conocer la historia de Lázaro. En una cantina, al calor de unos vasos de vino, un parroquiano le contó que aquel vino era pregonado en la ciudad por un tal Lázaro de Tormes. Agudizó el oído el ciego y quiso saber más cosas.

Según contó aquel hombre desdentado y con el pelo comido a picotazos, el arcipreste de San Salvador había casado al tal Lázaro con un criada suya y que este permitía que ella se amancebase con el arcipreste a cambio de mantener una vida acomodada y un buen trabajo.

Vio el ciego, irónico destino, la forma en que se vengaría de aquel esquivo muchacho que lo abandonó malparado tras propiciar que se partiera la crisma contra uno de los pilares de la plaza de Escalona.

Por aquella época, la legislación era muy clara, no se permitía la prostitución, y mucho menos consentida o alentada por el cónyuge. A pesar de que Lázaro escribió una extensa carta dirigida a Vuesa Merced, en la que defendía su inocencia y la de su mujer, la denuncia del ciego surtió su efecto. Tanto Lázaro como su esposa fueron encarcelados, y pasaron cinco largos años en la cárcel. Cerrándose así el círculo de miseria de su vida, ya que cuando salió de prisión su esposa lo abandonó y tuvo que malvivir de la generosidad de los ciudadanos de Salamanca, donde regresó y habitó hasta el final de sus días.

FIN

El fragmento de jarrón

Capítulo 0

He mirado varias veces el reloj. El tiempo parece congelado. Escudriño entre las sombras rojizas que provoca el destello de los números digitales. Todo está en orden, salvo dentro de mi cabeza. El insomnio se ha apoderado de mis noches. El peso de la conciencia no permite mi descanso, siento que lo ocurrido a Mark es en gran medida por mi culpa. Tal vez, si lo hubiese dejado tranquilo en su retiro del lago, ahora no estaría inhabilitado. Un año pasa pronto, pero con los antecedentes, es muy posible que mi amigo no vuelva a ser el mismo jamás.

La mañana comenzó movida. Acelerado por la cafeína llegué a la escena del crimen acompañado por mi nuevo compañero. Al que, por cierto, estábamos investigando, no en balde era sospechoso de tráfico de influencias, comportamiento mafioso y de quedarse con parte de la droga que se incautaba en las redadas.

Un hombre de avanzada edad permanecía tumbado sobre el asfalto.

Aparentemente no se apreciaba herida o cualquier otro indicio de violencia.

Las declaraciones de los testigos resultaron contradictorias. Alguien dijo que había sido atropellado, dio una descripción precisa del vehículo y del conductor, que incluso se bajó del coche para atender a la víctima, pero que luego decidió abandonar la escena. También aportó los datos de la matrícula. Otro ciudadano, que lo había visto todo desde una ventana de su casa, describió la escena de una forma muy distinta. El hombre mayor había salido de forma atropellada de la cafetería de enfrente; luego, había caído en medio de la calzada, pero no había muerto en ese instante, antes había hablado unas palabras con el conductor, que se había visto obligado a parar; y además, le había entregado algo. Antes de que saliesen otros dos hombres, muy bien vestidos, de la misma cafetería, el conductor ya se estaba marchando. Uno de los dos caballeros era albino.

Tras otra noche en vela y justo antes de que las luces del alba iluminen el firmamento, recibo una llamada de mi nuevo compañero de fatigas. Me indica que se encuentra en la escena de un crimen, que me espera allí. Me extraña mucho la situación, no es un hombre madrugador y se supone que entra de guardia conmigo dentro de unas horas.

El restaurante está situado en la planta superior de uno de los más altos edificios del centro de La Ciudad. La dueña es una mujer gruesa y bajita. Mi compañero Aurelio le está tomando declaración. También hay un hombre de aspecto fornido y pelo blanco tumbado en el suelo. Parece muerto, observo una herida roja en la parte posterior de su cabeza. La mancha de sangre destaca sobre su inmaculado cabello. Muy cerca se encuentra una satén, imagino que se trata del arma homicida.

De vuelta a comisaría, Aurelio me cuenta lo que ha averiguado. Aunque

no acierta a explicarme de forma convincente cómo ha llegado tan pronto a la escena del crimen.

Parece ser que la mujer encontró al albino dentro del local, registrándolo todo. Dice que él la amenazó con una pistola y ella le dio un sartenazo en un descuido. Nada de lo que cuenta coincide con lo hallado en la escena, por lo que es evidente que la mujer miente.

Después de unas horas cuadrando datos, nos llama la atención que hubiese un nexo de unión entre las dos últimas escenas que habíamos investigado. Mis colegas de tráfico me proporcionaron al fin el nombre del conductor que habló con el anciano frente a la puerta de la cafetería: Francisco González. Han tardado algo más de lo normal ya que había un número equivocado en la matrícula que aportó el testigo. Pero al final lo han identificado gracias a que también conocíamos el modelo de automóvil. Pues bien, resulta que Francisco González es también el hijo de la propietaria del restaurante. No sé muy bien si esto aclara o dificulta más aún el caso, lo que sí es cierto es que ya tenemos algo con lo que trabajar.

Aquella investigación se convirtió en algo parecido al camarote de los hermanos Marx. Quizá exagero un tanto, pero en algunos momentos se producían situaciones complicadas, ya que habíamos puesto agentes vigilando los pasos de Francisco González; y a su vez teníamos otra patrulla siguiendo a mi compañero Aurelio (gracias a ellos sabíamos ya por qué llegó tan pronto al restaurante). Hubo un momento en el que coincidimos en un local con Francisco, sin que él supiese que lo seguíamos, en el que más de la mitad de los clientes éramos policías.

Aquel caso nos costó una nueva víctima. Esa misma noche nos presentamos en una tienda de cerámica, avisados por los agentes que seguían a Francisco. Este último asesinato me dolió especialmente, ya que podríamos haberlo evitado. Por suerte, logramos detener al asesino, gracias a la cercanía de los agentes de vigilancia. Se trataba del compañero del albino. Esto descartó a Francisco como autor de los crímenes, y abrió una nueva línea de investigación que terminó uniendo todos los cabos como si de una tupida red de pesca se tratase.

La víctima, dueño de la tienda de cerámica, estaba tirado entre trozos de botijos y fragmentos de jarrones. Varias estanterías aparecían derribadas y su contenido también derramado por el suelo.

Capítulo 1

Unos días antes.

Fuera no hacía mucho frío, pero los cristales de la cafetería estaban empañados. Sentado en una solitaria mesa se encontraba un hombre de avanzada edad. Vestido con una chaqueta de pana marrón con coderas del mismo color pero un tanto más oscuro. Simulaba la lectura del periódico, sin embargo se le notaba más nervioso de lo habitual en él. No cesaba de mirar de reojo hacia la barra donde dos fornidos hombres charlaban de forma aparentemente despreocupada. No había muchos más paisanos en el local por lo que solamente se escuchaban las noticias de la mañana emitidas desde una pantalla plana colgada en una de las paredes.

El anciano, que quizá no fuese tan mayor, apretaba con fuerza un objeto que guardaba en uno de los bolsillos de su chaqueta. Cuando terminó su café, se levantó muy despacio y comenzó a andar procurando que los dos hombres no se aperciesen de su marcha. En aquel preciso instante notó un fuerte dolor en el pecho, inició unos pasos más acelerados para no perder el equilibrio, pero no lo consiguió. Al salir a la calle, no pudo evitar la inercia y cayó en mitad de la calzada.

Un Opel rojo tuvo que dar un brusco frenazo para no atropellar al cuerpo tendido en mitad de la calle. El conductor bajó del vehículo para preocuparse por el estado de salud del hombre. En ese momento se produjo un hecho muy extraño para cualquiera que se hubiese apercebido de él: el moribundo sacó un fragmento de jarrón de su bolsillo y se lo entregó al propietario del coche.

—No confíes en nadie, tampoco en la policía. Márchate antes de que salgan de la cafetería dos hombres que me andan siguiendo.

Luego dijo algo más con una voz muy débil. El mensaje no quedó muy claro del todo, pero el desconocido obedeció y se marchó rápidamente antes de que los dos sicarios saliesen al encuentro de su perseguido, que por aquellos entonces yacía cadáver en el suelo. Tras registrarlo sin éxito se marcharon antes de que llegase la policía.

Capítulo 2

Fran observó a los dos hombres por el espejo retrovisor mientras emprendía la huida como el anciano le había recomendado. Ambos tenían aspecto fornido, vestían con chaquetas largas de cuero, una roja y otra negra. Uno de ellos le pareció albino, o al menos tenía el pelo muy blanco.

Se preocupó por el estado en el que había dejado al hombre, pero se tranquilizó al ver cómo la multitud comenzaba a agolparse alrededor, alguien llamaría a una ambulancia.

Vivía en una casita a las afueras. Cuando accedió al interior del domicilio se sintió un poco más seguro, pero solo fue una sensación pasajera. El paso de las horas lo fue poniendo cada vez más nervioso. Dejó el fragmento de cerámica, azul con ribetes amarillos, encima de la mesita del café, y se pasó la tarde bloqueado, mirando la pantalla del televisor, sin atender a la programación; y de reojo al trozo de jarrón.

En las noticias de las 9 se confirmó la muerte de un famoso investigador. Reconoció perfectamente por las fotos que emitían al hombre que le había dado el misterioso trozo de cerámica; también dijeron que estaba a punto de jubilarse.

Fran consiguió conciliar el sueño a duras penas, su cabeza era un hervidero mientras que su voluntad parecía congelada. Estaba aterrado ante la idea de que aquellos hombres lo hubiesen seguido. En un momento de la noche escuchó un ruido, aguzó el oído y determinó que procedía de la puerta trasera, la que daba directamente a la cocina. Desde su habitación no podía ver nada, pero intuyó que estaban forcejeando para entrar intentar acceder al interior de la vivienda.

Deslizó la hoja de la ventana y saltó a un tejadillo con una ligera pendiente. Después se descolgó sobre la caseta del perro, el pobre era ya tan viejo y tenía el sueño tan pesado que seguramente no se enteró de nada, y después salió corriendo dejando atrás la parte principal de la casa.

El albino y su compañero entraron en el interior, pronto se dieron cuenta de que habían llegado demasiado tarde. Uno de ellos vio desde una de las ventanas a Fran correr por el camino principal, introducirse en su coche sin encender las luces, y salir pitando en dirección a la carretera de acceso a la ciudad.

Capítulo 3

Fran abrió la puerta del edificio, no sin antes dejar caer un par de veces las llaves producto de los nervios. Subió en el ascensor hasta la última planta donde se encontraba el restaurante familiar en el que trabajaba. Se escondió en la habitación destinada para cambiarse de ropa y trató de descansar hasta que llegasen sus compañeros de trabajo. Necesitaba sentirse acompañado. Restaban unas horas interminables hasta el amanecer.

Pensó que estaba actuando de forma irracional, debería haber llamado a la policía desde el primer momento. Salió de la habitación y marcó el número de emergencias para que viniese alguien a ayudarlo.

No había pasado mucho tiempo, aunque a él se le hizo una eternidad, cuando escuchó golpes en la puerta de la entrada.

—¡Policía!, ¡abra!

Fran abrió la puerta con cautela después de que el inspector le enseñase la placa. No le pudo ver bien el rostro, ya que llevaba un sombrero calado hasta los ojos y la bufanda subida hasta la nariz.

Minutos después se había arrepentido de no haber hecho caso al hombre que le dio el fragmento de jarrón, no debería haber llamado a la policía. El albino había entrado tras el detective y ahora apuntaba a Fran con una pistola. El agente se marchó sin mostrar su rostro dejándolos a ambos a solas.

Manuela despertó temprano, como todas las mañanas de su vida, unos minutos antes de que sonase el despertador. Se aseó, desayunó y dejó la casa recogida. Siempre era la primera en llegar al trabajo por lo que le extrañó encontrar la puerta abierta. Su primera intención fue la de salir corriendo y llamar a la policía, estaba claro que los ladrones se encontraban todavía en el interior.

Sin embargo, una mezcla de curiosidad al ver a dos hombres dentro y la parálisis provocada por el miedo, hicieron que reconociese a su hijo, al que apuntaba con un arma un tipo de aspecto fornido y cabello blanco.

Se recompuso como pudo y cargada de valor se adentró con sigilo, aprovechando que el albino le daba la espalda. Cogió lo primero que encontró a mano, y le arreó tal sartenazo en la cabeza que lo dejó completamente inconsciente tendido en el suelo.

Fran puso en antecedentes a su madre, le ocultó algunas cosas para que la policía no pudiese sonsacárselas en el interrogatorio. No podía fiarse, así que acompañó a su madre hasta el kiosco de la plaza, frente al edificio donde se ubicaba el restaurante. Él debía marcharse, lo mejor sería que ella esperase la llegada de los agentes acompañada de la señora Luisa, que en aquel mismo instante estaba abriendo para que los clientes pudiesen comprar el periódico a primera hora de la mañana.

Capítulo 4

El compañero de Marcus había permanecido oculto en las inmediaciones del restaurante. Cuando dieron el aviso fue el primero en llegar a la escena del crimen. Se esforzó en examinar y eliminar cualquier detalle que pudiese incriminarlo, sabía que todo había salido mal. Francisco se había escapado, él debía permanecer allí, y el hermano del albino había tenido que atender otros asuntos aquella noche, por tanto no había podido seguir al escurridizo individuo que portaba algo imprescindible para ellos.

No tardó en aparecer Marcus con el resto del equipo encargado de analizar la escena del crimen. Llevaron a doña Manuela a comisaría para que prestase declaración e intentase tranquilizarse. Ella dijo que se encontraba sola en el local y que el hombre de pelo blanco había entrado a robar. En un descuido había logrado arrearle un sartenazo con lo que dejó tieso al intruso.

No había que ser muy experto en la materia para darse cuenta de que la señora estaba mintiendo.

Marcus no tardaría mucho en atar los cabos de las pistas que atesoraba en su poder. Tenía una matrícula y el nombre de un propietario. Ahora interrogaba a una señora cuyo hijo era Francisco González, no podía tratarse de una mera coincidencia. Las piezas del puzzle comenzaban a encajar, solo restaba leerlas de forma correcta para que aportasen una interpretación significativa que ayudase a la resolución del caso.

Capítulo 5

El compañero de Marcus, el agente corrupto, llamó por teléfono al hermano del albino para comunicarle la muerte de su hermano.

–Tienes que encontrarlo y seguirlo, ese fragmento de jarrón posee la clave. Ya sabes que está en juego mucho dinero.

–¿Ha sido él quien ha matado a mi hermano?

–No, ha sido su madre, pero eso ahora no tiene la menor importancia. Cuando terminemos el asunto que tenemos entre manos tendremos tiempo de lamentar su pérdida.

–¿Dónde piensas que puede esconderse?

–Sería una buena idea vigilar el tanatorio. Creo que en principio no irá a la policía, no se fía.

Fran deambulaba por las calles de La Ciudad sin rumbo fijo. Tenía miedo de volver a casa, miraba con pánico al cruzar cualquier esquina, evitaba pasar por callejones estrechos; y rehuía de cualquier persona que le resultase sospechosa, aunque prefería los lugares concurridos, sería poco inteligente que lo sorprendiesen en alguna calleja solitaria.

Creyó que lo más sensato sería entregarle el fragmento a la viuda, transmitirle las últimas palabras de su difunto y así quietarse el problema de encima a la vez que dejaba su conciencia tranquila. Luego iría a la policía y lo contaría todo.

Sacó fuerzas y valor de donde no las tenía. Si hablaba con la viuda todo terminaría aquel mismo día. Su deseo era presentarse cuanto antes a la policía,

contarlo todo y pedir protección, pero no quería faltar a la palabra que le había dado a un moribundo.

De camino al tanatorio pasó frente a una tienda de disfraces, entonces le pareció buena idea tunearse un poco para pasar desapercibido. Eso le proporcionaría algo más de seguridad.

De esa guisa, con barba postiza y una peluca –no quiso ponerse de momento gafas de sol y sombrero, ya que no sería apropiado en el lugar a donde se dirigía–, se presentó en un tanatorio atestado de gente. Intuyó que el finado había sido una persona muy querida en vida.

Esperó con paciencia hasta que encontró un momento propicio para acercarse a la desconsolada esposa. Le expresó sus condolencias y le pidió disculpas anticipadas por tratar un problema tan prosaico en aquel luctuoso momento. Sacó de su bolsillo, de la forma más disimulada que pudo, el fragmento de jarrón que tantos quebraderos de cabeza le había ocasionado hasta el momento.

–Yo fui la última persona que habló con su marido antes de morir.

La mujer asintió, pero Fran no pudo adivinar si había comprendido bien lo que le acababa de decir. Supuso que se encontraría bajo los efectos de fuertes tranquilizantes. Eso lo descorazonó un tanto, era muy posible que ella no le ofreciese solución alguna.

–Me entregó este fragmento, pero no me explicó qué significaba.

La mujer permaneció con la mirada fija en el objeto, sin llegar a pronunciar palabra alguna.

–Dijo que era importante, que no lo entregase a la policía. Me están siguiendo...

–Yo no estaba al tanto del trabajo de mi marido. Sé que últimamente estaba muy nervioso, pero nunca me contaba nada.

–Pero..., yo esperaba que se quedase con el trozo de cerámica y me

liberarse de este asunto.

–Quizá pueda ayudarlo un amigo de mi marido, tiene una tienda de objetos de barro y cerámica. Comprenda que yo no tengo cuerpo ahora para nada.

Le indicó la dirección de la tienda y lo invitó amablemente a que se marchase.

Cuando se dirigía hacia la puerta vio a uno de los sicarios sentado en una silla cerca de la entrada. Se puso muy nervioso, intentó ajustarse la barba y volver a ponerse las gafas de sol; pero una de las patillas se enredó en los pelos postizos y dejó el rostro imberbe al descubierto.

Logró escapar del recinto antes de que su perseguidor tuviese tiempo de reaccionar. Dio varios rodeos por las calles de la ciudad obsesionado en perder al sicario; ya que aunque no lo veía, sabía perfectamente que no andaba lejos.

Capítulo 6

A última hora de la tarde, casi seguro de haber despistado al sicario, se dirigió a la tienda de cerámica.

El establecimiento era un almacén mediano, con estanterías repletas de jarrones, botijos y vasijas, y perfectamente ordenadas.

El dueño de la tienda, un señor de apariencia mayor, miró el reloj de pared, gesto instintivo y que indicaba al cliente que la hora de cierre estaba al caer.

–Será solo un momento, conocía a su amigo el científico, escuché sus últimas palabras.

–Ahora precisamente, en cuanto cierre, iré al tanatorio a presentar mis respetos y a acompañar a mi viejo amigo en su último viaje.

–Quería hablarle de esto.

Fran sacó el fragmento de jarrón de uno de sus bolsillos y lo mostró con enorme disimulo y cautela.

El dueño de la tienda permaneció unos instantes perplejo, pero enseguida reaccionó.

–Acompáñeme, dijo mientras rodeaba el mostrador con movimientos lentos y cansinos, como si le costase horrores abandonar la quietud de las horas a las que había sometido a su cuerpo.

El anciano se internó por entre las hileras de estanterías acompañado por su inesperada visita hasta que llegaron a un rincón de difícil acceso y nula

visibilidad desde la entrada.

En un movimiento torpe de ambos y debido a las estrecheces, chocaron, tropezaron con las estanterías y tiraron varios jarrones al suelo, provocando el consiguiente destrozo.

–De entre todos estos jarrones había uno al que le faltaba un trozo, supongo que mi amigo había guardado algo en su interior. Pero ahora...

El negociante que llevaba en su interior se lamentó profundamente por el dinero perdido que suponía aquella pequeña catástrofe.

Fran se disculpó, en gran medida aquello había sido culpa suya. El hombrecillo lo miró apenado, su espíritu comercial anhelaba que el visitante se ofreciese a pagar al menos parte del género destrozado. Pero nada más lejos de la realidad. Fran estaba más pendiente de encontrar algo entre el estropicio que de ofrecer compensación alguna.

Removió con los pies, intentando no cortarse, y su obstinación encontró premio. Envuelta en una bolsa de plástico halló una pequeña memoria USB.

Se disculpó nuevamente con el dueño de la tienda, le recomendó que tuviese cuidado y que si llegaba un hombre alto y fuerte llamase a la policía.

Después de que Fran se hubiese marchado, y sin pararse a recoger, decidió que lo mejor era cerrar la tienda cuanto antes. Lamentablemente, un pie se interpuso en el último momento, obstruyendo el cierre completo de la puerta.

El anciano huyó hacia el fondo de la tienda, tropezando con los fragmentos rotos y cayendo de bruces. Uno de los afilados trozos de un botijo se introdujo en su caja torácica, justo al lado del corazón causándole una muerte casi instantánea.

Capítulo 7

Fran era consciente de que era el tipo más perseguido de La ciudad. Sabía que la policía lo vigilaba, algo que lo hacía sentirse un tanto más tranquilo, ya que a quien tenía verdadero pánico era al hermano del albino. Mientras la policía estuviese cerca, sería más difícil que le ocurriese algo grave. Pero, por otro lado, había que tener mucho cuidado con el agente corrupto.

Tomó la decisión de visitar a la viuda y desentenderse del asunto, si a aquellas alturas eso fuese posible.

La asistenta abrió la puerta con gesto malhumorado.

—¿Qué es lo que desea?

—Me gustaría hablar con la señora de la casa.

—Ahora se encuentra descansando, ha dado órdenes de no ser molestada.

Fran se interpuso en el hueco de la puerta antes de que la mujer pudiese cerrarla del todo.

Apartó a la criada y le aseguró que se trataba de un asunto de vida o muerte.

El salón donde lo recibió la dueña de la casa era de una apariencia suntuosa y recargada. Demasiados dorados para el gusto de cualquiera. Le llamó la atención la colección de cuadros que adornaba las paredes, así como la ingente multitud de libros que abarrotaba las estanterías.

Fran dejó la bolsita contenedora del USB sobre la mesita del té. Aquel

gesto tan simple le supuso quitarse un enorme peso de encima.

–Ahora usted decide. Mi consejo es que llame a la policía y le contemos todo lo sucedido.

La viuda se negó en principio, miraba el pequeño dispositivo como si fuese un objeto extraño al que pudiese hacer desaparecer extendiendo las palmas de ambas manos hacia él.

Finalmente entró en razón y en menos de media hora se presentaron en la casa Marcus y su compañero Aurelio.

Aunque los agentes ya se habían hecho una idea bastante cercana a lo sucedido, le pidieron a Fran que relatase con todo detalle los acontecimientos recientes.

Tras una narración nerviosa, con saltos temporales y un hilo argumental difícil de seguir en algunos momentos, entregó la memoria USB a los detectives. Aurelio se adelantó para hacerse cargo de la prueba. Marcus lo dejó hacer, con la paciencia de quien lo tiene todo controlado.

Capítulo 8

Finalmente resultó que el anciano fallecido a la puerta de la cafetería había sido un químico de gran prestigio. Había creado un compuesto que cambiaría para siempre la capacidad de algunos fármacos para favorecer la mejora en la salud de muchos enfermos, así como para la prevención de ciertas enfermedades hasta ahora difíciles de diagnosticar de forma precoz.

Existían en La Ciudad varias farmacéuticas que estarían bastante interesadas en hacerse con la fórmula que según se desprendía de todos los indicios, solamente perduraba en el interior de la memoria USB.

Solamente había que esperar a que Aurelio diese un paso en falso. Para ello Marcus había permitido que su compañero se encargase de la prueba, a pesar de que con ello se podía romper la cadena de custodia de la misma.

Una vez revisado el interior de la memoria USB, el policía corrupto, se había apresurado ofreciéndose voluntario para llevar el material al almacén y archivarlo todo convenientemente junto al resto de los expedientes y las otras pruebas del caso.

No le había costado nada dar el cambiazo por otra memoria exactamente igual pero completamente vacía.

La tormenta arremetía por momentos, Aurelio detuvo el vehículo frente al imponente edificio propiedad de Farmacéuticas A.K.L. El rascacielos se recortaba sobre un fondo de cielo gris acero con líneas convergentes que parecían no tener fin y que atraían las miradas como imanes a pesar de los

enormes goterones que caían.

Aurelio fue consciente de que llevaba demasiado tiempo bajo el aguacero, entonces aceleró el paso hasta que se sintió a salvo bajo techo. Se quitó el abrigo dentro del recibidor, estaba incómodo con los pantalones y los zapatos mojados, pero se sintió mejor cuando apretó con fuerza el pequeño dispositivo electrónico que guardaba en uno de sus bolsillos.

Se dirigió hacia los ascensores mientras por los ventanales veía cómo la lluvia se tornaba cada vez más feroz. La caja del ascensor era completamente acristalada, por tanto, mientras se elevaba hacia el infinito de la última planta, mostraba unas vistas extraordinarias de toda La Ciudad, empañada en aquellos instantes por la pertinaz cortina de agua.

Un feroz trueno le dio la bienvenida al despacho del presidente de la compañía. Sin atender a muchos saludos ni cordialidades, Aurelio le tendió la memoria USB.

—Copia los archivos en el ordenador y devuélveme el dispositivo lo antes posible, tengo que volver a dejarlo en el almacén de pruebas antes de que alguien descubra el cambiazo.

El presidente enchufó el USB y mientras esperaba a que los archivos se descargasen se acercó al minibar y sirvió un par de copas.

El resplandor de un rayo iluminó el rostro de Aurelio para mostrar con más detalle la sorpresa que le supuso la irrupción en el despacho de su compañero Marcus escoltado por varios agentes de la científica.

El presidente de la farmacéutica intentó retirar la memoria USB, pero se detuvo ante la orden tajante de Marcus.

También atajó las quejas del dueño del emporio farmacéutico mostrándole una orden del juez.

Aurelio no pronunció palabra. Su expresión reflejaba que por primera vez era consciente del lío en el que se había visto envuelto debido a su ambición desmedida y a su mala cabeza.

Declaró que siempre había sido un policía ejemplar, pero que con el paso del tiempo comenzó a aceptar regalos, luego algunos sobornos, después empezó a quedarse con parte del dinero que encontraban en los registros... Todo resultaba tan sencillo y a la vez tan poco sustancial que comenzó a querer más y más.

El juicio al presidente de la farmacéutica está aún por celebrarse, pero las pruebas en su contra son concluyentes. Su conducta criminal para conseguir una fórmula que sin duda le aportaría a su empresa grandes beneficios acabaría con sus huesos en la cárcel.

FIN

El encargo

Cero

Cuando abrí mi agencia de detectives, me prometí que solamente investigaría casos en los que se adivinase la presencia de algo sobrenatural que perturbase el normal devenir de los acontecimientos. Lamentablemente, no se dan en el mundo tantos sucesos de difícil explicación como pensaba; así que debido a la crisis me he visto obligado a tratar de resolver cualquier tipo de investigación que cae en mis manos. No me siento orgulloso de ello, pero en ocasiones incluso he aceptado vigilar a maridos infieles por encargo de sus celosas mujeres. Mis reglas no son las mismas que las de los demás seres humanos, mi ética o mi moral es... digamos distinta. Soy capaz de realizar los peores actos –sin por ello sentir remordimientos–, si con ellos logro mantener el equilibrio de las cosas. Debo confesar que soy un tipo raro, sin el menor sentimiento de culpabilidad. Mis padres murieron en un trágico accidente de coche; y desde entonces me encuentro solo en la vida. Mi disponibilidad para desplazarme a cualquier lugar del mundo para realizar un trabajo policial y el conocimiento de los idiomas más hablados me han proporcionado la posibilidad de presenciar o estar cerca de los más famosos asesinatos de nuestra historia moderna.

Recuerdo un caso que no se salía de los parámetros de la normalidad, pero que sin embargo me permitió asistir a hechos cuando menos sorprendentes. Mi trato con el departamento de policía siempre ha sido muy bueno. Colaboro con ellos, me permiten meter las narices en todos los asuntos, incluso saltarme las reglas. La relación es fructífera para ambos, ya que a mí no me importa demasiado el reconocimiento por la resolución de un caso; por

tanto, en gran cantidad de ocasiones les cedo el protagonismo y, a pesar de ser yo quien averigua el misterio, sorprende al asesino o da con las claves de investigaciones que estaban en un punto muerto, casi nunca reclamo la fama para mí. Por eso están tan contentos conmigo y gozo de cierta popularidad entre ellos. Mis motivaciones son otras, tengo dinero suficiente aunque tampoco desprecio el que gano con mis pesquisas.

Me encuentro en la sala de interrogatorios asistiendo a la declaración de un sospechoso que se ha extendido en su narración de tal forma que nos ha relatado una rocambolesca historia. Adjunto grapada una copia de su declaración:

La vida por aquellos entonces me mostraba con despiadada crudeza las dos caras de la moneda, me halagaba con toda clase de regalos que me colmaban de felicidad para de repente dejarme caer en el más fiero de los abismos arrebatándome de forma cruel y violenta todo lo que hasta entonces con tanta facilidad me había otorgado.

Comenzaba a tener una clara conciencia de que todas aquellas subidas y bajadas de ánimo acabarían por afectarme seriamente. Empecé a tener temores fundados sobre mi salud mental. Con demasiada frecuencia me imaginaba recluido en alguno de aquellos terribles centros de internamiento recibiendo tratamiento psiquiátrico para mi incipiente esquizofrenia.

Últimamente, varios problemas sumados a la ruptura con Eva, me habían conducido a un estado depresivo que acentuaba mi dolor y mi frustración, y que incrementaban sensiblemente mi falta de apego a la vida y mis pocas ganas de continuar adelante.

Era viernes y estaba anocheciendo, pensé que podría encontrar a alguien conocido en los locales que solía frecuentar, me cargué de todo el valor que mis deterioradas fuerzas me permitieron reunir, y me aventuré por aquella jungla nocturna que tantas alegrías y sinsabores me había proporcionado hasta entonces. Preferí entrar primero en un sitio tranquilo, sin duda La Torre de Babel lo era, tomé asiento en una de las mesas y decidí entretenerme observando a los jóvenes que ocupaban las que rodeaban a la mía, mientras

ordenaba una copa bien cargada. Debajo de una de aquellas radios antiguas que decoraban aquel ambientado local y a la derecha de una chimenea del siglo pasado, reconocí a un chico rubio, vestido con una gabardina negra que, a pesar de la calefacción excesiva que sufríamos gracias a los encargados del bar, había preferido no quitarse. Este joven era compañero de facultad, aunque jamás había cruzado palabra alguna con él. Se decía que era escritor y que aprovechaba cualquier momento para utilizar su pluma. Pude observar que aquellos rumores eran totalmente ciertos y que anotaba algunas frases en unas cuartillas sueltas que permanecían desordenadas entre varios botellines verdes de cerveza. A mi derecha aparecían cuatro chicas atractivas y algo exóticas, sin duda debían ser estudiantes Erasmus, esta hipótesis quedó confirmada cuando se dirigieron al camarero con un encantador acento italiano. Tras detener mi atención deduje que una de ellas era francesa, creía recordarla de una visita que hice a un piso de chicas en una noche de desenfrenado sexo y alcohol.

Pensamientos demasiado peligrosos se agolpaban en mi mente a medida que ingería aquel néctar que tantas veces me había servido de bálsamo para las dolorosas bofetadas que la realidad tenía a bien propinarme de cuando en cuando. El alcohol estaba actuando de forma implacable, pero lejos de amortiguar los sonidos y los sentimientos, y alejar por tanto lo que me rodeaba aminorando así su importancia, esta vez acentuaba vertiginosamente mi angustia y aceleraba las imágenes que se agolpaban sin sentido en mi mente.

De pronto, una chica tomó asiento frente a mí.

–Esta es mi mesa –dijo.

–Lo siento, pero he llegado yo primero.

–No he dicho que tengas que irte, te dejaré disfrutar de la mesa y de mi compañía si me invitas a una copa.

Medio minuto más tarde el camarero depositaba en la mesa dos nuevos vasos, uno para ella y el segundo para mí. Mientras conversábamos me pregunté si todas las mujeres decididas y con personalidad arrolladora de la ciudad se habían propuesto complicarme la vida, y no pude evitar recordar a Eva y la forma en que la conocí. Esta chica no tenía nada que ver con aquella,

era un tanto más rubia, alta y fuerte, debajo del ajustado jersey de lana dejaba adivinar una bonita figura, distinta a la de Eva, pero también muy sugerente. Tenía los ojos azules y los labios carnosos, pero en aquellos momentos no podía dejarme atrapar por su belleza, por tanto me mostré más frío que de costumbre.

Cuando nos decidimos a cambiar de lugar, no me dejó que pagara las copas, era cliente asidua y con un gesto de su estilizada mano insinuó al camarero que las anotase en su cuenta. Esta nueva nota de su estilo no me dejó indiferente y casi inconscientemente comencé a cambiar mi actitud y ofrecerle una mejor imagen de la que hasta entonces le estaba mostrando, animado por el alcohol, y por qué no decirlo, también por los encantos de aquella joven. Debo confesar que el resto de la noche resultó demasiado perfecta; si bien me pareció un tanto artificial –ahora que lo recuerdo con la frialdad que aporta la distancia–. Pero en aquellos momentos volví a dejarme arrastrar por los sentimientos y aunque me cueste reconocerlo, caí en sus redes con predecible facilidad. Aquella velada no ocurrió nada especial, exceptuando una grata conversación, una espectacular compañía y un beso en la mejilla con el que me premió cuando la dejé en el portal de su piso.

Volví a remontar las escaleras por las que habíamos bajado momentos antes, hacía frío a aquellas horas de la madrugada, pero no me importaba; es más, por primera vez en estas últimas semanas volvía a sentirme vivo, me encantaba sentir la brisa fresca y húmeda sobre mi rostro mientras regresaba a casa. Aunque esta especie de euforia se borró de mi cara de nuevo en el interior de mi pequeña habitación de estudiante, parca en decoración y mobiliario, pero repleta de unos recuerdos que volvían a hacerme daño.

A la mañana siguiente noté cierto alivio, aquella opresión que los sentimientos provocaban en mi pecho y en la boca del estomago habían remitido sensiblemente, ahora la imagen de Marta comenzaba a imponerse con fuerza sobre la de Eva. Sabía que era un espejismo, pero como placebo me servía.

Durante aquella larga semana no volví a verla, los pensamientos en los que me debatía sobre cómo debía actuar cuando volviese a tenerla frente a mí eran cada vez más encontrados, me había impactado sensiblemente como para que ella no lo notase; y por otro lado, comenzar una relación bajo mínimos, tal como me encontraba, no era la mejor de las ideas. Ensimismado y abstraído en ensoñaciones de este tipo, estaba sentado en la barra del Ocean cuando un chico me asaltó con la pregunta de si me apetecía comprar un CD de los Suaves a mitad de precio.

Le dije que lo sentía mucho pero ya tenía la discografía completa de aquel grupo y que si no le importaba me dejase a solas ya que necesitaba concentrarme en mis problemas. Ajeno a mi rogativa pidió bebida para los dos y me confesó que realmente no tenía ningún disco para vender y que solo era una excusa para entablar conversación. Fui incapaz de deshacerme de él, al menos esa era mi primera intención hasta que comenzó a hablarme de algo que consiguió mantenerme intrigado.

Él conocía bastantes cosas sobre mí; sin embargo, yo no sabía nada sobre él, salvo que debía de ser italiano, aunque procuraba ocultarlo tras su perfecto castellano; juraría que era la primera vez que lo veía. Luego me insinuó que tenía lo que yo necesitaba en aquellos momentos, pero que aquel no era un lugar apropiado para exponérmelo. Debería esperar un poco a tener noticias tuyas de nuevo, para conocer así su proposición, según me dijo poco antes de

marcharse.

Los días transcurrían sin noticias de Eva. En mi mente comenzaba a tomar cuerpo la idea de no volver a verla jamás. Los motivos alegados para la separación habían sido muy vagos, por tanto, la sospecha de que se hubiese enamorado de otro, y no hubiese tenido el valor de confesármelo, me estaba matando por dentro. Algunas veces tenía la sensación de que iba a salir ardiendo por combustión espontánea a causa de un fuego provocado en mi propio interior.

Últimamente no acostumbraba a salir los jueves, pero alentado por la idea de volver a encontrarme con Marta, me encaminé hacia el mismo lugar donde la había conocido, La Torre de Babel. No necesité entrar en el local para encontrarme con ella, a varios metros de donde me dirigía estaba recostada sobre un escarabajo negro.

–Sube, te estaba esperando.

–¿Dónde vamos? Y sobre todo, ¿cómo estabas tan segura de que iba a venir?

–Con respecto a la primera pregunta no seas impaciente, en seguida te enterarás, y con respecto a la segunda, intuición femenina.

Me condujo a través de toda la ciudad, tomamos un camino vecinal que daba acceso al otro extremo de la carretera, subimos en dirección a la montaña, a unos metros de la cima paró el motor y continuamos a pie. Nos dirigimos a la zona acondicionada para los turistas, desde donde se dominaba todo el horizonte. Las nocturnas luces de la ciudad allá a lo lejos me devolvieron el recuerdo de Eva. La que hasta hacía tan poco había sido mi Maga particular, incluso mucho antes de conocerla la buscaba perdido en la contemplación de los destellos fluorescentes de la ciudad, callejeando a la caza de una mirada cómplice.

–¿Te imaginas tener el poder para dominar todo lo que ocurre ahí abajo?

–Me parece una utopía muy deseable, pero puestos a desear, en estos momentos pediría otra cosa muy distinta.

–¿Como qué?

–No seas impaciente, mis anhelos forman parte de una privacidad a la que de momento tienes vedado el acceso.

–¿Y si todo esto fuese un juego?

–A qué te refieres, a lo que ocurre abajo en la ciudad, o a nosotros.

–Déjalo, te veo demasiado decaído para seguir una conversación tan intensa.

–La verdad es que no atravieso por uno de mis mejores momentos.

–No te preocupes, vamos, te voy a hacer olvidar toda tu vida anterior.

Me dejé arrastrar por la ilusión que aquella chica conseguía aflorar en mi interior, bajamos de nuevo a la civilización, donde me llevó a un pub en el que no había estado antes. Me llamó la atención la decoración, motivos inspirados en el infierno recorrían todas las paredes, el local era bastante grande y con muchos recovecos y laberintos, de forma que no podía contemplarse en su totalidad de un simple vistazo. Lo que más me gustó fue el tipo de música, Marilyn Manson sonaba enloquecido mientras algunos chicos bailaban de forma desenfrenada.

Comenzamos a beber y la noche transcurrió entre risas y bailes lujuriosos, pero a la hora de acompañarla a casa, ella cerró la puerta y yo me volví a quedar por la parte de fuera. No ocurrió nada de lo que me había prometido, me sentí engañado y algo estúpido. A mi mente volvieron cientos de desagradables fracasos anteriores, toda la mierda y miseria que llevaba dentro afloró a la vez que el sol comenzaba a imponerse a la noche y la luz de las farolas de la enorme calle que tenía que atravesar era ya tan inútil como mis deseos de abrazar a aquella chica.

Justo cuando me encontraba en medio de la calzada escuché un enorme frenazo al tiempo que un Opel Corsa blanco se detenía a mi lado, y una cara amable y conocida me invitaba a subir con ese ligero acento italiano.

–Vamos, te voy a hacer olvidar todas tus penas.

–No puedo creerlo, otra vez tú. No sé si fiarme de tu palabra, es la segunda vez en pocas horas que me prometen hacerme olvidar mis sinsabores.

–La vez anterior seguro que se trataba de una mujer, ellas siempre mienten, o quizá solo les cuesta mantener lo que prometen; quién sabe.

No tenía nada que perder, y no me apetecía volver a casa, ya estaba desvelado y seguro que no podría dormir. Condujo durante una media hora por una carretera totalmente desconocida para mí, hasta que llegamos frente a una verja, la abrió e introdujo el coche por un sinuoso camino hasta que llegamos a la puerta de un gran caserón. Tenía un aspecto tenebroso y aunque estaba amaneciendo parecía mantener a su alrededor las sombras de la noche. Me llevé una grata sorpresa cuando accedimos al interior, algo que no podía sospechar tras ver la descuidada fachada. La decoración era de un gusto exquisito, las paredes estaban recubiertas de madera y en el piso superior que se apreciaba perfectamente desde el salón se adivinaba una extensa y lujosa biblioteca. El techo de la estancia era el mismo que el de la segunda planta que emergía alrededor de una barandilla que asomaba al primer piso, por lo que tenía un aspecto amplio y especialmente alto.

Para subir tuvimos que utilizar una escalera de caracol muy pequeña que se ocultaba tras un diván. Había cuatro grandes salas sin la pared delantera, cada una de ellas era continuación de cada uno de los cuatro lados de la barandilla. Una era la espectacular biblioteca, y las otras tres estaban decoradas con motivos de distintas partes del mundo, la más acogedora era la árabe, con sedas de colores colgando del techo, abundantes y mullidos cojines en el suelo y varillas de un aromático incienso ardiendo en los rincones del fondo. Otra habitación era un enorme despacho semejante al presidencial de la Casa Blanca junto al cual crecía un exótico jardín con preciosas plantas y flores orientales.

Poco tiempo después todo aquello me dejó de parecer tan agradable.

Unos días antes.

Marcos se levantó de la silla, tomó un libro de una de las estanterías de la gran biblioteca, se volvió a sentar frente a la chica, cogió un bolígrafo con su mano izquierda y subrayó un pequeño párrafo:

Elijo a mis amigos por su buen aspecto, a mis simples conocidos por su buen carácter y a mis enemigos por su intelecto.

Estoy un poco nerviosa –protestó ella–, te agradecería que dejases tus aficiones literarias para mejor momento y terminemos el asunto que tenemos entre manos lo antes posible.

–Dime, soy todo oído –le contestó él volviendo a depositar el libro en su lugar de origen:

AUTORES INGLESES

Rezaba un cartel en la estantería.

–Creo que he localizado al tipo ideal para nuestro propósito.

–Bien, ¿te has acercado ya?

–No, quiero que lo vigiles primero, averigua todo lo que puedas sobre él, síguelo, actuaré cuando conozcamos todos sus puntos débiles, así podré controlarlo perfectamente.

–De acuerdo, ¿quieres que te lleve ya a la ciudad?

–Quiero que vengas conmigo, es posible que lo podamos ver esta misma tarde.

Pasearon por varias calles y se apostaron tras una esquina, después hicieron tiempo hasta que la presa saliese de su guarida.

Esa es su casa, esta es una foto suya, creo que vive en el 3º, quédate aquí hasta que salga, todas las tardes acostumbra a dar un paseo, entra en alguna librería, va directamente a la biblioteca para trabajar o mata el tiempo en alguna cafetería. Últimamente hace más lo segundo que lo primero; creo que ha roto con una chica recientemente y ya sabes cómo os ponéis los tíos con esas cosas.

–Parece que has hecho muy bien tu trabajo, pero tienes mala memoria, ya no recuerdas lo mal que lo has pasado tú las veces que hemos roto.

–Maldito machista orgulloso –le dijo ella mientras le daba un beso en la boca y una suave bofetada, más cariñosa que vengativa.

Él permaneció observando su perfecto trasero enfundado en unos vaqueros fabricado especialmente para unas piernas como aquellas, al tiempo que ella lo abandonaba regalándole un último guiño y un beso enviado al viento. Al volverse a mirar hacia la calle que vigilaba, casi se da de narices contra un individuo que en aquel momento doblaba la esquina. Cuando pudo reaccionar se dio cuenta de que aquel tipo era el mismo que el de la foto, de manera que se puso a seguirlo de forma sigilosa.

Dos días después, nuestra pareja volvió a reunirse en la fastuosa

biblioteca, Marcos acariciaba con suavidad un tomo forrado en piel adornado con dorados símbolos geométricos.

–¿Crees que podemos hacerlo solos? –le preguntó ella con suavidad mientras le estrechaba con dulzura la mano con la que acariciaba el libro.

–Aquí tienes lo que he podido averiguar sobre él, poca cosa, casi todo datos biográficos, residencias, lugar y fecha de nacimiento, algunos romances conocidos, no demasiados. Parece una presa propicia para caer en tus garras, está atravesando una mala racha a causa de una chica, pasa por un momento vulnerable, ¿te atrae? –terminó preguntando sin cortarse un pelo.

–Vamos, no digas tonterías, sabes que te quiero a ti y esto es puramente profesional.

–Vale, pero reconoce que te atrae, lo he notado en tus ojos.

Lo estuvieron vigilando hasta que llegó el momento propicio, la chica decidió acercarse a él en una conocida cafetería. Bernardo estaba sentado en una de las mesas y ella simplemente se sentó frente a él –su belleza y las ganas que él tenía de conocer a alguien nuevo que le hiciese olvidar a Eva, o al menos que lo distrajera y mitigase el dolor que le oprimía el pecho en aquellos momentos– fueron suficientes. Como ella había predicho, todo resultó relativamente sencillo, rápidamente Bernardo se entregó al juego de la seducción e inocentemente cayó en las redes de Marta.

Pocos días después, había entrado en escena Marcos. Se acercó a la víctima de forma en apariencia casual, trató de ganarse su amistad y tejió su premeditada tela de araña sobre él. Lo que en principio surgió con apariencia de juego, se convertiría en una macabra broma para Bernardo; ya que las intenciones de Marcos y Marta eran de naturaleza delictiva.

Mientras observaba aquella fastuosa mansión, no dejaba de preguntarme para qué me habría traído aquel chico hasta allí.

–¿Serías tan amable de decirme qué hacemos aquí? Quizá he sido demasiado confiado, no conozco ni tu nombre.

–Me llamo Marcos, y no te preocupes, pronto sabrás qué es lo que pretendo ofrecerte.

–Eres muy cortés, pero llevo toda la noche sin dormir y necesito descansar para poder atender tus explicaciones.

–De acuerdo, está todo previsto, en el piso de abajo hay una habitación preparada para ti.

–Un momento, no sé quién eres ni qué pretendes, pero te agradecería que me llevaras a casa, otro día tendremos oportunidad de hablar.

–Está bien, tomemos un café y después te acerco a casa.

Aquello fue lo último que recuerdo, pues poco después de tomar la taza de café caí profundamente dormido sobre un mullido sillón de cuero negro.

Cuatro horas después aparecía la chica, utilizó su propia llave para entrar, dio los buenos días a Marcos mientras rodeaba con sus delicados brazos su cuello y lo besaba en los labios.

–He tenido que darle un potente somnífero para retenerlo, está acostado en la habitación del fondo.

–¿Estás seguro de que nadie lo va a echar de menos?

–Sus compañeros de piso están de vacaciones. He entrado en el domicilio y he recogido algunas cosas de primera necesidad. Si alguien regresa, pensará que se ha marchado a casa de sus padres. He traído lo necesario para que se sienta cómodo durante su estancia con nosotros.

Desperté entre convulsiones y delirios, no reconocía la habitación ni la cama en la que me encontraba, estuve paralizado durante unos minutos sin poder mover ni un solo músculo, luchando por levantarme de aquel maldito colchón que me atraía como si fuese un enorme imán. Poco a poco comencé a recordar dónde me encontraba y todo lo que me había sucedido. Entonces logré incorporarme, salí al pasillo apoyándome en las paredes e ingresé en el enorme salón. Ante mis ojos apareció una escena cuando menos sorprendente; no pude menos que restregarme los ojos para comprobar si aún seguía dormido. Marcos y Marta estaban sentados en uno de los cómodos sofás de la estancia, la postura en que los había encontrado me adelantó la sorpresa que posteriormente me confirmó el joven.

–Te presento a mi chica, aunque tengo entendido que ya la conoces –dijo como relamiendo de gusto cada palabra que pronunciaba.

Su revelación cayó como una losa sobre mi ya aplastado ánimo.

–Creo que ha llegado la hora de que sepas el motivo por el que te tenemos recluido. Tanto Marta como yo pertenecemos a una organización que actúa en todo el territorio nacional y que se encuentra repartida en pequeñas facciones por las principales capitales españolas. Nosotros solamente somos una avanzadilla y tenemos una misión que realizar en esta ciudad. Voy a serte totalmente sincero ya que no podrás hacer nada para cambiar tu situación, y nada de lo que te cuente podrás contarle a nadie sin que te tachen de mentiroso o de loco. Presta mucha atención y procura no resistirte a tu destino, ya que como te he dicho no puedes hacer nada y lo único que conseguirás es que nos enfademos y tu integridad física sufra algún daño. Si sigues nuestras instrucciones solamente tendrás que lamentar el delito del que te acusarán cuando todo esto termine.

–Perdona, pero no entiendo palabra de lo que me estás diciendo, además no sé qué tengo yo que ver con todo esto.

–No es nada personal, te elegimos a ti como podríamos haber elegido a cualquier otro con unas características parecidas a ti.

–Tengo que pensar entonces que soy una especie de cobaya –le comenté pensando que todo aquello sería una especie de broma.

–Creo que lo estás entendiendo todo perfectamente, pero ahora dejemos los negocios, supongo que tendrás hambre después de más de un día durmiendo.

Nos dirigimos hacia el comedor, donde estaba todo dispuesto para degustar un apetitoso banquete.

Marcos tenía mucha razón, un hambre atroz me aprisionaba el estómago, pero aquella situación me provocaba gran malestar y cierta sensación de náuseas. Lo que me molestaba realmente era que ella estuviese enamorada de aquel patán; ya que no terminaba de creerme que me hubiesen secuestrado en serio y que planeasen algún tipo de atentado o acción delictiva. Marta no pronunció palabra durante la comida, solamente hablaba Marcos de vez en cuando para soltar alguna agudeza o algún comentario absurdo y sin sentido que a ella parecían hacerle gracia a juzgar por su ligera sonrisa cada vez que los escuchaba.

Los días siguientes, no puedo recordar cuántos, o más bien nunca he tenido noción de cuánto duró aquel estado, caí en una profunda depresión. No era de extrañar, ya que mi delicada situación anterior a aquel secuestro no era para tirar cohetes, y aquella reclusión supuso el golpe definitivo. Cuando fui consciente de que la amenaza iba en serio, me abandoné a una especie de letargo en el que apenas comía a pesar de que Marta me llevaba puntualmente todos los días a la misma hora la comida a mi habitación. Poco a poco dejé de salir de mi dormitorio cuando ellos estaban en la casa, dejé también de hablarles y, resignados, comenzaron a pasar de mí. Llegaban a media mañana, tenían alguna discusión acerca de cómo llevar a cabo sus planes, hablaban en voz baja para que yo no pudiera enterarme de nada, y después de comer se volvían a marchar. Creo que no se decidían a actuar o que había surgido algún

problema ya que de vez en cuando se enfrentaban y él le echaba la culpa a ella por ser tan benévola con los hombres a los que tenían que utilizar ganándose su confianza.

El tiempo transcurría con lentitud; y mi salud mental comenzaba a ser preocupante –más para ellos que para mí– ya que en mi estado no podían utilizarme y yo apenas luchaba por salir del agujero. Hasta que una mañana al despertarme vi la luz, algo removió mis entrañas y fui consciente por primera vez en mucho tiempo de que tenía que tratar de escapar, que nadie iba a venir a salvarme y que no podía dejar que aquellos extraños arruinasen mi vida.

El hecho de que comenzase a comer de nuevo les supuso una gran alegría, aunque yo sabía que el entusiasmo de ella era más sincero que el de él. Además creo que la situación no se hubiera alargado mucho tiempo de seguir en mi estado y hubiesen tenido que deshacerse de mí sin dejar huella.

La primera estrategia de mi plan sería ganarme la confianza de Marta mientras él se encontrase ausente. Poco a poco me fue poniendo al corriente de quienes eran y de las actividades que llevaban a cabo. Pertenecían a una poderosa organización, una especie de poder oculto que en cierto modo dominaba la vida política y social del país. Se dedicaban a eliminar a todo aquel personaje público que fuese contrario a sus intereses o que estuviese cobrando demasiado poder o influencia a sus espaldas. Su forma de proceder era simple, se ponían en contacto con los poderosos sujetos en cuestión, les hacían unas oportunas y jugosas ofertas, y si el individuo señalado no entraba en el juego, simplemente era eliminado. Para llevar a cabo su propósito localizaban a personas inocentes en la ciudad donde vivía el elemento a eliminar y después lo arreglaban todo de forma que apareciese como el principal sospechoso del asesinato. En este caso el elegido había sido yo.

Pronto pude darme cuenta de que Marta pertenecía a la organización desde no hacía mucho tiempo –supuse que había ingresado a raíz de su relación con Marcos–, y este fue el punto débil que buscaba para comenzar a

vencer su voluntad en mi beneficio.

Logré averiguar por las pequeñas pistas que dejaba entrever la chica en nuestras conversaciones que la operación estaba en un punto muerto, pero no alcancé a sacarle más detalles.

Debo confesar que desde el primer momento me había enamorado de aquella atractiva joven, ella era de aquel tipo de mujer con la que es mejor no llegar a cruzar una sola palabra; cualquier relación te arrastra de forma inescrutable a un sinfín de locuras y a una sensación de vértigo que te hace alejarte de tu vida cotidiana a pasos agigantados, pero lo que me había ocurrido con ella rozaba los límites permitidos para que una mente siga conservando su salud. No solo me había enamorado de una chica que ya tenía novio, sino que además era mi secuestradora e iba a hacer todo lo que estaba en su mano para conducirme a la cárcel por un asesinato que todavía no se había cometido y que ni siquiera sabía si lo iba a cometer con mis propias manos o solamente me iban a implicar por medio de una serie de huellas y pistas que condujesen inexorablemente a mi persona.

–Me pregunto qué hace una chica tan sensible con un macarra como Marcos.

–No soy tan especial como piensas.

–Supongo que será la atracción por el peligro que conlleva estar a su lado y el hecho de que no te valore lo suficiente, él no es consciente de tu potencial, sabe que te tiene y eso lo vuelve confiado y con cierto complejo de superioridad; está más interesado en su propio ego, en desempeñar algún alto cargo en vuestra organización que en tratarte como te mereces. Al contrario que tipos como yo que concedemos demasiada importancia a chicas como tú, y eso nos conduce inconscientemente a situaciones peligrosas. Una entrega que provoca en vosotras un cierto rechazo, porque en definitiva todos deseamos agradar y hacernos querer por aquellos que se muestran duros o reacios con nosotros y no por aquellos que realmente podrían hacernos felices.

–Creo que te equivocas, porque a mí me gusta mucho tu personalidad, me seduce tu estilo a la hora de dirigirte a mí; y me encanta saber que estarías dispuesto a hacer cualquier cosa por estar conmigo.

–No me agrada que te aproveches de la situación para llevarme a tu terreno, ya no puedes engañarme; y quiero que sepas que voy a hacer todo lo posible para que vuestro plan fracase y para desenmascarar la trama que tenéis urdida.

–Piensa lo que quieras, te entiendo, pero mis palabras eran sinceras en esta ocasión.

Aquella mañana era de las que parece que nada puede salir mal, de aquellas en las que la vida luce maravillosa. El trino de los pájaros en las arboledas cercanas envolvía un ambiente sutilmente primaveral a pesar de la época del año. Era un perfecto día de aquellos con los que nos sorprende el invierno de vez en cuando.

En una de las avenidas más concurridas de la ciudad, una pareja de atractivos jóvenes tomaba un batido de fresa y un zumo de tomate tras los ventanales de una cafetería. Era media mañana, y parecían unos estudiantes universitarios que se habían fugado de clase. Pero aquellos chicos no discutían sobre ninguna de las materias comunes que debían sufrir los jóvenes estudiantes de su edad, nada más alejado de todo aquello, esta pareja planeaba con la mayor de las sangres frías la forma de cometer el asesinato perfecto. Él había participado con anterioridad en otros dos asesinatos de este calibre y estilo. En uno de los casos habían implicado a una persona de unos cincuenta años que pasaría el resto de su vida en la cárcel ya que le habían condenado a cadena perpetua. Pero la chica era primeriza en aquellas lides y había provocado con un comentario inocente que su compañero montase en cólera.

—No es necesario que te lo tomes así, creo que todo esto está deteriorando nuestra relación de pareja.

—Me parece increíble que después de los meses que llevamos planeando este golpe vengas ahora con sensiblerías. Nunca debería haber dejado que conversaras con él a solas una vez terminado tu papel en este asunto.

—Yo solamente sugería que si hiciésemos que pareciese un suicidio como en el segundo de tus casos podríamos dejar al chico en paz. De todas formas, no podría hacer nada contra nosotros, nadie le creería y no tiene ninguna

prueba.

–Sabes muy bien que los trabajos nos los entregan perfectamente elaborados desde arriba, nuestro único papel es el de ceñirnos fielmente al guión que se nos asigna, solamente tenemos libertad en detalles nimios. Cómo pretendes que cambien todos los planes porque te hayas encariñado con nuestro inquilino, por llamarlo de alguna manera.

–No te enfades conmigo, ya te dije que tenías que darme un poco de tiempo para acostumbrarme a todo esto.

–De acuerdo, pero recuerda que mientras sean asuntos concernientes a la organización tienes totalmente prohibido pensar por tu cuenta.

Marcos dejó un billete sobre la mesa y no esperó a recoger la vuelta que sin duda era considerable. Se dirigieron con celeridad hacia el ayuntamiento para esperar a que su víctima apareciese. Era uno de los concejales del partido en el poder, además de desempeñar el cargo de Rector de la Universidad de la Comunidad Autónoma.

A los diez minutos apareció el Sr. Sánchez Ruidero, con un maletín de cuero negro bajo el brazo y una boina que seguramente ocultaba una creciente alopecia. Tomó una de las calles céntricas de la ciudad y con paso tranquilo y sin percibir la presencia de sus seguidores se dirigió hacia su casa como todos los días laborables. No permanecía mucho tiempo, el justo para cambiar los roles políticos por los universitarios. Cuando bajó, lo único que había cambiado en su aspecto era la boina, la actual era de cuadros; y el maletín, que ahora era de cuero marrón. Siguiendo la habitual costumbre subió al transporte público que lo llevaría hasta el campus universitario.

En aquel punto dejaron de seguirlo, tenían que controlar sus pasos solamente a determinadas horas del día para tomar posteriormente la decisión adecuada sobre cuál sería el mejor momento para proceder con su plan. Lo cierto era que el tiempo se les estaba agotando y tendrían que actuar en menos de una semana, antes de que llegase la Navidad, porque probablemente el Rector se marcharía de vacaciones, y no podían esperar hasta después; no podrían retener mucho más a Bernardo, ya les estaba comenzando a dar problemas.

Como cada vez que me encontraba solo, había vuelto a intentar escapar en vano de aquella prisión en la que me tenían recluido aquellos dos individuos que jugaban a ser dioses o por lo menos ángeles ejecutores a las órdenes de un poder que en este caso no era celestial, sino de origen mafioso. Cuando se marchaban me rogaban encarecidamente que entrase en mi habitación, y luego la cerraban con llave. Yo no me resistía, ya que mi propia depresión y los sedantes que continuamente me administraban, habían mermado mis fuerzas sensiblemente. Aquella puerta estaba construida a conciencia para que la persona que fuese recluida en aquel recinto no pudiese escapar de ninguna de las maneras.

Sentí una especial angustia cuando escuché la llave en la cerradura de la puerta principal. Me resultó extraño, ya que no había oído el habitual motor del Corsa, así que permanecí en silencio a la espera de acontecimientos, deseaba fervientemente que fuese Marta. Los pasos se dirigieron hacia el sofá y un cuerpo se dejó caer con toda la fuerza de su alma o con todo el peso que su conciencia ejercía sobre él.

La jadeante respiración llegaba hasta la estancia en la que yo esperaba impasible, a la vez que curioso y expectante. Cuando su agitación comenzó a calmarse, nuevos pasos se acercaron hasta detenerse frente a la puerta de acero de mi habitación.

–¡Bernardo!, ¿estás despierto?

–Sí, ¿eres Marta, verdad?

–Tenemos un gran problema, pero no puedo dejarte salir, estoy sola.

–Cuéntame qué ocurre, pareces muy preocupada.

–No debería contarte nada, tú eres mi rehén, y yo tengo que tomar las decisiones por mí misma. Pero todo esto me está desbordando, parece como si estuviese despertando de una pesadilla, ahora mismo me pregunto cómo he podido llegar a esta situación. No puedo creer que sea yo la que está en estos momentos hablando frente a esta puerta.

–Marta, me estás asustando, ¿habéis cometido ya el asesinato?

–Cuando la organización se entere va a mandar a alguien para que termine el trabajo y el único que puede ponerse en contacto con ellos es Marcos. Van a venir rápidamente y no quiero seguir con todo esto. Probablemente cuando nos encuentren nos harán desaparecer.

El pestillo de la puerta giró y esta quedó entreabierta, abrí con prudencia temiendo que se tratase de una trampa. Marta estaba en el pasillo con las manos tapándole el rostro, parecía estar bajo los efectos de una conmoción nerviosa.

Gemía y lloraba de forma convulsa, me acerqué y la abracé ofreciéndole mi hombro. Ella me abrazó con fuerza y sentí tanta ternura hacia aquel ser indefenso que comprendí que todo aquello me iba a llevar más lejos de lo que nunca nada me había hecho llegar antes.

Cuando logré calmarla nos sentamos en el salón, le había preparado una tila en la cocina y ahora ella tomaba pequeños sorbos de la taza mientras me contaba con todo lujo de detalles aquello que la tenía tan afligida. Al tiempo que me hablaba, pasaba por mi imaginación la idea de obligarla a dejarme escapar por la fuerza y olvidar todo aquello, pero algo más fuerte que mi razón me impulsaba a permanecer a su lado.

De entre las muchas cosas que me contó, lo más importante en aquellos momentos era que la policía había detenido a Marcos mientras este intentaba forzar la puerta de un vehículo para robarlo, parecía ser que el Corsa los había dejado tirados. Pude saber que esto complicaba tremendamente todo el asunto, ya que Marcos era de nacionalidad italiana y en su país era buscado por algunos delitos de poca monta. Había pertenecido a una organización

terrorista que intentaba conseguir por la fuerza la independencia de una pequeña isla al sur del país transalpino. Una vez lograda la independencia, Marcos había tenido muchos problemas para reincorporarse a la sociedad como una persona normal. Era un asesino nato y la causa del nacionalismo solamente había sido una excusa para matar. A pesar de haber logrado la inmunidad por motivos políticos, había decidido continuar con trabajos para la mafia y aunque en los últimos asesinatos no habían podido demostrar su intervención, la policía italiana lo tenía enfilado por asuntos menores, aunque sospechaban que sus trabajos no terminaban ahí.

—Una vez apresado, rápidamente sería extraditado a su país con lo que la operación había quedado en un punto muerto. Pero la organización no tardaría en conocer los hechos y mandar a sus secuaces para terminar el trabajo.

En esos momentos de sinceridad, me confesó cómo había entrado a formar parte de la mafiosa organización. Hasta hacía unos años, ella había sido una chica de lo más común, estudiante de filología en la Universidad de Granada, había conocido a Marcos durante unas vacaciones en la Costa Catalana. Al principio todo fue normal entre ellos, nada le hacía sospechar las actividades a las que se dedicaba su compañero. Como él era extranjero y no parecía tener residencia habitual en nuestro país, pasaba largas temporadas en Granada. Eso sí, desaparecía durante largos periodos sin que ella conociese realmente dónde se trasladaba. Él se excusaba con viajes de trabajo y visitas a la familia italiana.

Para cuando Marcos se decidió a contarle la verdadera naturaleza de sus actividades, ella estaba tan enamorada que —a pesar del disgusto que durante unas semanas le llegó a ocasionar incluso una enfermedad nerviosa— terminó primero por aceptar que su chico se dedicase a matar por encargo, y finalmente por formar parte de la organización.

Ahora estábamos en aquella casa, el pasado poco importaba en esos momentos, y nos urgía desaparecer de allí cuanto antes. Le ofrecí palabras tranquilizadoras, no iba a dejarla sola, ella estaría conmigo en todo momento y yo intentaría protegerla. Aquello sonaba muy romántico, pero la verdad es que estaba tan asustado como ella y realmente no sabía qué íbamos a hacer. Lo único cierto era que estaba lo suficientemente enamorado como para permitirme el lujo de vengarme por todo lo que me había hecho e intentar salir

de aquel terrible embrollo por mi cuenta.

Sentía el fresco aroma de las flores silvestres mientras caminábamos a toda velocidad, agarrados de la mano, campo a través, saltando vallados, apartando matorrales, cruzando pequeños riachuelos y dejándonos la piel en una carrera hacia nuestra libertad. La tarde estaba cayendo y había una especie de rocío que envolvía el ambiente y que hacía que nuestras ropas y zapatos comenzasen a empaparse de agua. Si he de ser sincero no tenía ni idea de hacia dónde nos dirigíamos. Nos habíamos adentrado en una pequeña zona boscosa en la que nunca antes me había internado. La noche no tardaría en llegar y un nuevo problema se cernía sobre nosotros. Hacía demasiado frío para pasarla a la intemperie.

Caminamos sin rumbo fijo durante unas horas, sin fuerzas para seguir, Marta se derrumbó sobre el manto de hojas que cubría la pequeña vereda por la que habíamos decidido continuar. Parece un tópico, pero siempre hay una luz al final del túnel y en este caso la suerte estuvo de nuestra parte. Tras apartar con la mano las ramas de una mullida y densa arboleda, pude atisbar entre los gruesos troncos una pequeña cabaña.

No tenía tan buen aspecto como mi anterior prisión, pero serviría para guarecernos de la intempestiva noche que se avecinaba. En uno de los rincones del único habitáculo de que disponía la cabaña había un jergón de pequeñas dimensiones. Tenía grandes agujeros por donde se escapaba la mayor parte del relleno y además la suciedad y el polvo se habían apoderado de él como si de algo intrínseco se tratase. En aquellos momentos no podíamos pensar en la limpieza ni en los escrúpulos, rendidos por el cansancio nos dejamos caer sobre aquella improvisada cama y rápidamente, sin mediar palabra, debimos de caer en un profundo sueño.

No sé cuanto tiempo transcurrió mientras nuestros abrazados cuerpos tomaban su merecido descanso. Recuerdo que estaba soñando que alguien me besaba, cuando abrí los ojos pude ver a Marta tan cerca de mi rostro que podía sentir su dulce aliento, podía respirar su propia respiración y sentir como sus brazos rodeaban mi estremecido cuerpo. Nos besamos durante interminables minutos, primero suavemente para entregarnos posteriormente a un desenfrenado deseo salvaje que nos hizo rodar por el arenoso suelo de la cabaña.

Volví a encontrar sus ojos cuando la calma se apoderó de nuestros cuerpos, estaba exhausta, pero su rostro denotaba una felicidad absoluta que debía ser reflejo de mi propia felicidad.

Habían pasado varios meses y ya se acercaba la Semana Santa, una época del año que para mí no tenía ningún significado especial. Pero parecía ser que Marta estaba muy interesada en todo lo relacionado con los rituales religiosos, ya fueran los tradicionales que nos había impuesto nuestra tradición cristiana, como todo aquello que se escapaba un poco a la razón humana.

Muchas veces, cuando regresaba de la facultad, la encontraba con las luces apagadas, las cortinas corridas, y rodeada por decenas de velas de distintos tamaños. Al principio parecía molesta por ser arrancada de esa especie de trance que decía podía llegar a alcanzar; pero pronto se acercaba a mí y me abrazaba con todas sus fuerzas como si estuviese asustada por algo y solamente entre mis brazos pudiese recobrar la calma. En un arranque de sinceridad, durante uno de aquellos momentos en los que nos habíamos dejado arrastrar por la pasión hasta el dormitorio, me había dicho que le gustaría compartir una de aquellas sesiones conmigo. A pesar de que me había negado muchas veces —yo era bastante reacio a participar en aquel tipo de cosas—; ella se puso demasiado insistente, de forma que terminamos riñendo. Teniendo en cuenta lo histérica que se ponía cuando nos enfadábamos decidí abandonar el piso y bajar a tomar alguna copa en un bar cercano.

Sentado en la barra del Capitán Dole, un recuerdo como una cuchilla rasgó algo en mi interior. Nuestra situación se había normalizado lo suficiente como para vivir con relativa tranquilidad, pero todo lo que había ocurrido estaba allí esperando en lo más profundo de nuestro subconsciente para saltar y atraparnos en cualquier momento en la más penetrante de las angustias.

Después de nuestra huida había tramitado con toda la celeridad posible el traslado de universidad, actué con total secretismo e hice todo lo que pude por no dejar rastro.

Solicité un cambio de nombre en la comisaría de policía y me fue concedido; eso sí, seguía manteniendo los mismos apellidos. Mis familiares conocían lo justo para mantener la calma y a la vez no poder dar noticias a nadie sobre mi paradero. Éramos dos personas nuevas en una ciudad distinta; y parecía que por primera vez en mucho tiempo las cosas me sonreían. Sin embargo, había una amenaza latente dispuesta a romper la calma.

Marta era una persona excepcional, tenía sus rarezas como todos, pero lo cierto es que las suyas me apasionaban. Era tan distinta a todo lo que había conocido con anterioridad que ya no podía imaginarme la vida sin ella. Su forma de cocinar me volvía loco, no comprendía cómo podía conocer tan exquisitos y variados platos. Era especialista en recetas orientales, podía preparar desde platos marroquíes hasta australianos. Ella decía que se lo debía a un padre chef de cocina y a su interés por todo aquello que culturalmente fuese diferente a nuestra cosmovisión. Otro aspecto que me encantaba era esa especie de despiste unido a una ingenuidad encantadora, me pasaba las horas ordenando las cosas que ella por descuido había dejado en cualquier lugar de la casa; así como orientándola en la ciudad, ya que todavía no había aprendido del todo a deambular por ella sin ayuda. Todo aquello me hacía sentir importante en su vida, me gustaba ser la persona en la que siempre se apoyaba cuando necesitaba algo. Y creo que ella se daba cuenta y muchas veces me pedía ayuda a propósito para sentirme solícito a sus demandas, era un juego con el que ambos demostrábamos nuestra dependencia mutua.

Al final no fue una sola copa y estuve fuera durante más de una hora. Cuando regresé a casa y abrí la puerta, la estancia permanecía en absoluto silencio y completamente a oscuras. Pensé que Marta estaría realizando alguno de sus rituales, por tanto seguí la línea del pasillo arrastrando un dedo a lo largo de la pared. Cuando llegué al comedor no pude ver ninguna vela encendida, así que me decidí a encender la luz. Fue entonces cuando la más absoluta de las tinieblas se apoderó de mí.

Sentado en mi sillón favorito estaba nada más y nada menos que nuestro viejo amigo Marcos.

Tenía entendido que ibas a pasar un largo periodo de tiempo encarcelado.

–La organización tiene ramificaciones en todos los poderes del Estado,

no debías haber tenido dudas de que pronto iba a estar en la calle. Una llamada por aquí, una amenaza por allá, un pequeño incentivo económico y todo arreglado.

Le pregunté con gran temor qué era lo que tenía pensado hacer o qué le había ordenado la organización. Me contestó que había venido a título personal y que su único propósito era vengarse. También me comunicó que pensaba arrebatarme a Marta para siempre.

Dirigí los ojos aterrados hacia ella y comprendí en su mirada tímida que se marcharía con él a poco que se lo pidiese. Mientras Marcos sacaba unos guantes de cuero negro y se los enfundaba con parsimonia, disfrutando del momento, ella me explicaba que tenía que marcharse con él, que todavía lo quería y que lo sentía muchísimo por mí.

Dijo también que me quería mucho y que agradecía de corazón todo lo que había hecho por ella pero que su atracción por Marcos era más fuerte que su voluntad.

Un tremendo sentimiento de rabia se apoderó de mis entrañas, me sentí engañado, humillado y le deseé la muerte con todo mi corazón.

Cuando Marcos terminó de ponerse el guante en su mano derecha metió su mano en el bolsillo del gabán, ambos pensábamos que iba a sacar el guante izquierdo, la sorpresa cubrió de nuevo mi rostro y el de Marta. Marcos se levantó despacio, sin realizar ningún movimiento brusco, esgrimiendo una gran navaja con la precisión de un especialista para hacerle una tremenda herida en el cuello a Marta. Realizó esta rápida operación mientras la miraba a los ojos y me decía que había pensado arrebatármela para siempre no llevarla consigo.

Después de esto, arrojó el arma homicida al suelo y abandonó el apartamento no sin antes anunciarme un final igual para mí si pronunciaba alguna palabra sobre todo lo ocurrido desde que nos habíamos conocido.

Ante la horrible visión del cuello de Marta cercenado de aquella forma tan brutal como estúpida, perdí el conocimiento. No sé cuánto tiempo estuve tendido en el suelo inconsciente. Cuando recuperé el sentido, me arrastré hasta el lavabo para refrescarme. Agarré la ducha y dejé correr con fuerza el agua

fría por mi nuca y cuello. Mientras sentía aquella gélida lluvia recorrer toda mi espalda no podía apartar de mis pensamientos la preciosa cara sin vida en el exuberante cuerpo al que se le había escapado la frescura por aquella zona tan delicada. Sentado sobre el inundado cuarto de baño recordé que al despertar de mi desmayo no me había vuelto a mirarla y ahora temía salir y volver a presenciar aquella horrible visión, como si el hecho de olvidar que mi chica yacía inerte sobre el suelo de aquel salón fuese a hacer que el problema desapareciese. Me levanté despacio, temeroso de volver a caer mareado y sin darme tiempo a ver mi cara reflejada en el espejo regurgité de forma bestial sobre el suelo todo el whisky que había ingerido horas antes acompañado del puré de patatas del almuerzo. Tras volver a refrescarme la cara y tranquilizar los terribles espasmos que procedían de mi estómago decidí atajar el problema por donde pudiese salir menos perjudicado.

Al salir del baño volví a sentir que mis piernas flojeaban y que mi mente perdía todo contacto con la realidad, pero esta vez no caí desplomado. Tuve que tomar asiento para tratar de devolver el sentido a una situación que no cesaba de bullir en una espiral que me provocaba un terrible dolor de cabeza.

Cuando me sentí con fuerzas me incorporé cargado de valor; mi sorpresa fue mayúscula, Marta había desaparecido, no había restos de sangre en el suelo, y nada parecía indicar que allí mismo hacía unos minutos se había cometido el más atroz de los asesinatos que jamás hubiese podido imaginar.

El único resto que me permitió no perder la cordura fue el hallazgo de una pequeña nota donde se podía leer: «pronto volverás a tener noticias nuestras, recuerda que eres nuestra cobaya favorita». Seguía igual de confuso y aterrado pero al menos aquella nota era un contacto con la realidad que me permitía saber que todo aquello no era producto de mi imaginación, lo cual posiblemente me hubiese conducido a la locura. El problema seguía sin resolver, nada de lo que había sucedido aquella noche tenía sentido. Miles de preguntas se agolpaban en mi cabeza. Desconocía si todo aquello había sido una desagradable broma, si Marta permanecía con vida y era cómplice de aquella macabra representación, o si por el contrario había muerto y yo había estado el tiempo suficiente inconsciente para darle tiempo a la organización a hacer desaparecer cualquier vestigio del monstruoso asesinato.

La historia que había contado Bernardo parecía poco consistente, sobre todo la escena del asesinato y posterior limpieza. Además, la nota firmada por Marcos había desaparecido de la faz de la tierra sin dejar rastro.

La policía ha investigado las fechas, la salida de la cárcel de Marcos coincide con el asesinato de la chica.

Han solicitado información del paradero del joven a la Embajada italiana. Sabían que Marcos debía poner en conocimiento de las autoridades cualquier viaje al extranjero.

Después de las consultas pertinentes, el embajador italiano en España devolvió la llamada a los agentes encargados de la investigación. Comunicaron que el joven se encontraba en el país.

Esta misma tarde se ha presentado en las dependencias policiales de forma voluntaria para responder algunas preguntas.

De nuevo adjunto al informe la declaración del sospechoso:

–¿Nombre? –preguntó el detective.

–Marcos.

–¿Apellidos?

–Suffini de Rosso.

–Disponemos de la declaración de una persona que le acusa de secuestro.

–Ya se me juzgó por esa acusación y quedó demostrada mi inocencia – contestó Marcos con confianza.

–Realmente, si hablamos con precisión, no se pudo demostrar su culpabilidad.

–Eso mismo –replicó el interrogado.

–¿Conoce usted a Bernardo Soriano?

–Supongo que se refiere a la persona que me acusó de secuestro, de pertenecer a una organización mafiosa dedicada a asesinar a...

–¿Usted niega los cargos? –presionó el policía.

–Soy inocente, ya lo dictaminó así en su día un juez.

–Pero tuvo que ingresar unos meses en la cárcel.

–Casi un año.

–¿Cuáles fueron los cargos?

–Un pleito anterior que tenía pendiente en mi país, preferí ser juzgado aquí.

–¿Qué hizo usted cuando salió de prisión?

–Pensé en marcharme a Italia, estaba abatido, los que consideraba mis amigos me habían traicionado. Mi novia se había enamorado de nuestro mejor colega; y ambos me habían acusado de secuestro e inventado mil mentiras sobre mí.

–Sin embargo, no se marchó, al menos inmediatamente.

–Mi estancia recluido me había hecho reflexionar mucho. Averigüé dónde vivía la pareja y decidí hacerles una visita.

–¿Con qué propósito?

–Quería decirles en persona que los había perdonado; y a ella pretendía declararle mi amor incondicional, a pesar de todo el daño que me había hecho.

Llegué a su piso a media tarde, me invitaron a pasar no sin cierto recelo. Tomamos un café y conversamos con tranquilidad. Me gustó mucho la decoración de su domicilio y así se lo hice saber. Parecían muy nerviosos, supongo que no esperaban mi visita; o que pensaban que me pondría violento y trataría de vengarme. Los noté arrepentidos por haberme fallado como amigo y como novia respectivamente.

No quise permanecer demasiado tiempo, apreciaba en sus rostros la incomodidad por la que estaban pasando.

Antes de marcharme le confesé mi amor a Marta, le di la dirección del hotel donde la esperaría hasta la hora de la salida de mi vuelo con destino a Italia.

–¿Qué ocurrió después?

–La esperé hasta el último momento, pero no apareció. Casi pierdo el vuelo.

–¿Sabe usted que Marta desapareció aquella misma tarde?

–No he vuelto a contactar con ella desde aquel día.

–Es posible que haya sido asesinada, pero su cuerpo no ha aparecido.

–¿En que basan su teoría?

El detective le contó la versión de Bernardo. Su historia difería sustancialmente de la de Marcos. La chica degollada y la limpieza de la escena del crimen mientras se duchaba eran poco creíbles. Pero algunas veces, lo absurdo de una versión la convierte en más verosímil. Cuando uno inventa, desea que lo crean, por ello cuenta un relato coherente.

–El equipo especial de recogida de pruebas ha encontrado abundantes

restos de sangre en el salón del domicilio de Bernardo. Por eso pensamos que la chica ha sido asesinada y que alguien se ha llevado el cuerpo y tratado de limpiar la escena.

El joven no podía articular palabra, su sorpresa y pesadumbre al conocer la noticia parecían sinceras.

–¿Cómo se desplazó aquel día hasta el domicilio de la pareja?

–En taxi, no dispongo de vehículo propio.

Notas sobre la investigación:

He asistido a los interrogatorios de dos sospechosos de asesinato. Las dos versiones difieren e incriminan al otro. Marcos acusa a Bernardo y Bernardo a Marcos. El cuerpo de la chica no ha sido hallado. La posible escena del crimen se encontraba limpia a simple vista, pero un examen pericial ha encontrado sangre en grandes cantidades. Es muy posible que la chica se encuentre muerta. Uno de los dos ha trasladado el cuerpo a otro lugar. La policía ha buscado restos de sangre, cabellos o cualquier indicio en el coche de Bernardo. Está limpio.

Están tratando de contrastar la veracidad de la versión de Marcos, supongo que les será fácil encontrar al taxista. Si alguno ha alquilado algún vehículo se terminará averiguando.

He de actuar por mi cuenta. Mi siguiente paso será invadir su intimidad.

Después de varios días de vigilancia, conocía todas las rutinas diarias de Bernardo. La policía seguía sus pasos de cerca, pero a mí me interesaba más su domicilio. Disponía de un par de horas, al menos, hasta que regresase. Forcé la entrada con una de mis ganzúas, mis métodos dan resultado no por su

corrección, sino por su eficacia. Lo esencial para mí es descubrir al culpable, luego ya se verá la forma de encarcelarlo o castigarlo si las leyes lo amparan, como a casi todos los delincuentes.

El piso estaba sorprendentemente ordenado, teniendo en cuenta que era un joven que vivía solo. Supuse que los registros de los peritos criminólogos lo habían forzado a mantener su hogar en un estado decente, nunca se sabía cuando se realizaría una nueva incursión en busca de nuevas pruebas.

Miré detenidamente en todos los cajones, hurgué en rincones, recovecos y donde supuse podría haber huecos ocultos. Lo único decente que encontré fue la llave de su coche. Sabía que Bernardo había salido a pie, y casualmente tenía localizado el lugar en el que lo tenía aparcado. Quizá ocultase algo en su vehículo, los agentes ya lo habían mirado con lupa tratando de encontrar sangre o restos que delatase que el cuerpo de Marta hubiese sido trasladado en su interior: pelos, trozos de uñas...

Aunque aquella llave no me sirvió de nada, me puso en la pista que me conduciría a la resolución del caso. Quería utilizar la llave, que supuse sería una de repuesto, para comprobar si había escondido algo que no quería que se descubriese en su domicilio, era menos probable que se volviese a registrar el coche, ya que la escena del crimen estaba en el salón y el vehículo había sido peinado minuciosamente.

Por más intentos que realicé, aquella llave no logró abrir el vehículo. Los vecinos comenzaron a mirarme con un brillo de sospecha en sus miradas. Al final decidí marcharme sin forzar la cerradura, los visillos vigilantes habrían denunciado mi proceder antes de que hubiese podido sacar algo en claro.

En principio no le di importancia, pero luego comencé a sospechar. Solicité permiso para utilizar los ordenadores de la comisaría. Pude averiguar que el vehículo no estaba a nombre de Bernardo. Por los apellidos comprendí que la propietaria era su madre, que también lo era de otros dos coches más. Me resultaron muy llamativos dos detalles: los tres habían sido matriculados en la misma fecha y todos ellos eran del mismo modelo y color.

Compartí mis sospechas con el comisario, que inmediatamente ordenó el registro de los otros dos vehículos. Uno de uso personal de la madre de

Bernardo, y el otro de su hermana.

La llave que encontré en el piso de Bernardo se confirmó que pertenecía al coche que había utilizado él. Después de trasladar el cuerpo ensangrentado de Marta, le había cambiado el coche a su madre. La llave de repuesto había permanecido olvidada en un cajón hasta que mi impertinente incursión la había sacado del olvido.

Ya teníamos al asesino, pero para inculparlo deberíamos encontrar el cuerpo.

¿Qué sucedió realmente?

Mucho más calmado, Bernardo regresó al piso. Había sido una riña pueril, se pedirían perdón y la reconciliación los devolvería a un estado de enamoramiento cercano en intensidad al de los primeros días, al menos hasta la siguiente discusión. Para su sorpresa, encontró al temible Marcos sentado en su sillón preferido. Marta estaba sentada frente a él charlando de forma distendida mientras compartían una taza de aromático té.

–Me tomaré otra copa –comentó dirigiéndose hacia el minibar.

–Si eres tan amable –solicitó Marcos.

–¿Quieres tú otra? –le ofreció a Marta.

–No te preocupes, estoy bien.

Marcos aparentaba gran tranquilidad. Comentó que su periodo en prisión le había hecho ver la vida con otra perspectiva. Le pidió perdón a Bernardo por todo lo ocurrido. También a Marta por haberla mezclado en sus actividades delictivas y por haberla presionado tanto.

Bernardo, en cambio, se mostraba muy intranquilo, no se fiaba de su adversario. Podía adivinar una intención oculta en su mirada.

El misterio no tardó demasiado en desvelarse.

–No deseo molestar más. Entiendo que lo que voy a decir es una falta de respeto para ti –dijo mirando a Bernardo–, pero sé que si me marchó sin sincerarme, nunca me lo perdonaré.

Después, le declaró su amor eterno e incondicional a Marta. Confesó que deseaba cambiar de vida, comenzar de nuevo, y en ese nuevo resurgir contaba con ella; quería hacerla feliz y demostrarle lo mucho que la necesitaba y amaba. Quería que viviesen en una pequeña villa situada en una isla de la costa mediterránea italiana. Disponía de gran cantidad de dinero ahorrada y podrían dedicarse a disfrutar durante el resto de sus días.

Dejó una nota con la dirección del hotel en el que se alojaba y mencionó la hora de salida de su vuelo a Italia.

–Te esperaré hasta el último momento –esas fueron sus últimas palabras antes de abandonar el domicilio de la pareja.

Bernardo observó la inquietud de Marta. Trató de acercarse a ella; sin embargo, la chica se mostró esquiva y poco receptiva. Sabía que ya no estaba enfadada, que su preocupación se debía a la visita de Marcos. Una oscura sombra de sospecha se cernió sobre él, pero temió preguntarle. Sabía que estaba pensando en volver con Marcos y marcharse a Italia. La perdería para siempre. Una punzada de celos le atravesó el corazón. La odió por el simple hecho de que estuviese dudando sobre el asunto. No llegaba a comprender que estuviese ni tan siquiera contemplando la posibilidad de abandonarlo. Prefirió no entablar una conversación que pudiese derivar en una discusión que precipitase los acontecimientos. Se mostró sumiso y la dejó meditar en silencio; trató de concentrarse en la lectura del apasionante libro que tenía entre manos, pero le fue imposible.

Solo había que esperar unas horas –se le harían eternas–. Si ella no tomaba la decisión de marcharse, olvidarían lo ocurrido y continuarían con su relación como si no hubiese ocurrido nada.

No había pasado ni media hora cuando ella se levantó, y sin decir nada, se dirigió hacia el dormitorio. Bernardo esperó unos minutos para seguir sus pasos; la encontró haciendo la maleta. A partir de ese momento comenzó entre ellos una acalorada discusión durante la cual perdió la noción del tiempo y del espacio.

Despertó de su estado de inconsciencia con un cuchillo entre las manos. No sabía cómo había llegado hasta allí y por qué estaban en el salón de nuevo.

Marta estaba inmóvil en el suelo sobre un enorme charco de sangre.

Durante un largo lapso de tiempo permaneció petrificado sin capacidad alguna de reacción. Las dudas sobre si entregarse a la policía y declarar su crimen desaparecieron rápidamente. Una brillante idea le vino a la cabeza. Envolvió el cuerpo en una manta y limpió con esmero la abundante sangre del parque. Introdujo el bulto en el maletero y se deshizo de la que hasta hacía unas horas había sido la mujer de su vida. Ahora se intentaba consolar pensando que era una vulgar asesina y que la vida se había vuelto contra ella. Estaba claro para él que si volvía con Marcos, no tardarían en retomar su actividad mafiosa. Al menos con esa idea trató de clamar sus remordimientos.

Después llamó a la policía para contarles una truculenta historia con la que acusaba a Marcos del asesinato. Con la desaparición del cuerpo se cubría las espaldas, ya que imaginaba que para los agentes de la investigación, ambos serían los principales sospechosos. En cuanto Marcos se declarase inocente el foco se pondría encima de su cabeza. Pero sin cuerpo no había delito.

Tuvieron que pasar bastantes meses hasta que en una pequeña granja se produjo un suceso cuando menos curioso. Un ganadero cogió uno de los sacos de trigo que almacenaba en su granero, se lo echó al hombro y atravesó el prado por la estrecha vereda que él mismo había creado a fuerza de caminar siempre en la misma dirección. Al final del recorrido se encontraban sus animales, abrió la verja metálica y se dispuso a rellenar los comederos cuando observó que el grano estaba teñido de rojo, removió un poco el contenido con sus robustas manos protegidas por los guantes y encontró un pequeño objeto blanco.

La policía determinó que era un colmillo humano y que la sangre coincidía con la de un caso sin resolver. No tardaron en encontrar el lugar de procedencia de los sacos, averiguaron por el encargado de cuidar el silo, que últimamente la abertura que descargaba el trigo sobre los tractores o la caja de los camiones de reparto no lo hacía de forma fluida, sospechaba que algo estaba obstruyendo la salida y por eso había llamado al técnico de mantenimiento. Este había aconsejado vaciar el almacén contenedor del cereal por completo, pero todavía no lo habían hecho.

Una vez terminados los trabajos de vaciado, apareció el cuerpo de una chica, que poco después fue identificada como Marta.

Estoy muy satisfecho por haber resuelto un nuevo crimen. El culpable se halla entre rejas y el mundo es un punto más seguro sin algunos de los delincuentes que lo habitaban. Bernardo y Marcos encarcelados, a este último lograron imputarle todos los crímenes que había cometido allá en su Italia natal; y Marta bajo tierra por no haber sabido alejarse de un hombre como el italiano, un delincuente que se había aprovechado del amor que ella le profesaba para introducirla en una organización mafiosa que difícilmente la habría dejado salir de sus redes de haber logrado mantenerse con vida.

Como siempre, me he apartado de los flashes de las cámaras. El mérito de la resolución del caso se lo he dejado a mis compañeros los agentes de policía, y al inspector al cargo. Prefiero mantenerme en un segundo plano, esto me viene muy bien para que me permitan trabajar con ellos y acceder a todo tipo de beneficios, documentos y fichas policiales en pos de una colaboración muy productiva. Si alguna vez me salto la ley en mis investigaciones, ellos miran para otro lado sabedores de mi pericia como detective; a cambio, yo nunca reclamo la fama ni el reconocimiento por el trabajo realizado.

Mi único interés: eliminar a los malos; y mi lema: el fin justifica los hechos.

FIN

Un portal más allá

Manuel conducía emocionado, y aunque el tiempo no acompañaba, se dirigía a buena velocidad hacia su nuevo domicilio. Su esposa y sus dos hijas se habían adelantado, ya estarían asentadas y esperándolo ansiosas. Él había tenido que esperar al final de su jornada de trabajo, por suerte su mujer terminaba al mediodía; y ya era viernes, el fin de semana prometía. Tendrían que colocar muchas cosas, pero era un deseo mutuo que había tardado en convertirse en realidad. Por fin eran propietarios y habían dejado atrás el pequeño piso de alquiler en el que las pequeñas tenían que compartir habitación.

Cuando se internó en el barrio residencial, de calles dispuestas en perfectas cuadrículas y casas gemelas, comenzó a arreciar con más fuerza.

Un tremendo trueno le dio la bienvenida justo al aparcar frente a la puerta. Le extrañó que tanto la verja como la entrada al domicilio estuviesen abiertas. Supuso que su esposa le facilitaba el acceso para que no se mojase demasiado. Decidió dejar en el coche las carpetas y documentos, se subió la chaqueta para guarecerse del chaparrón y echó a correr raudo hacia el interior de su nuevo domicilio.

Al principio no se fijó mucho, pero pronto le resulto todo muy extraño. Aquellos muebles se parecían a los suyos, aunque en aquel momento juraría que no lo eran. Comenzó a sentirse algo mareado, y achacó sus dudas a su repentino malestar. Sería la extrañeza de verlos colocados por primera vez, ya que se había encargado de todo su mujer. Él había ido con ella a elegirlos, pero los montadores vinieron cuando estaba trabajando.

Llamó a sus tres mujeres con alegría.

—¡Papá ya está en casa!

Sin embargo no encontró respuesta.

Subió al piso de arriba, su inquietud se acrecentó. Ahora temía que alguna de las niñas se hubiese puesto enferma y hubiesen salido a toda prisa, de ahí las puertas completamente abiertas.

Sacó el móvil e intentó llamar sin éxito, la tormenta debía de haber provocado la caída de las líneas telefónicas.

Subió al piso de arriba sin dejar de llamar a su familia mientras saltaba literalmente los escalones. Se asomó al balconcito de la fachada para ver si observaba algo extraño. El coche de su mujer estaba aparcado enfrente, hecho que lo intranquilizó aún más.

En ese preciso instante apareció una furgoneta en la calle a una velocidad exagerada y muy peligrosa teniendo en cuenta que el asfalto estaba mojado. Frente al portal se produjo un frenazo espeluznante que dejó al vehículo mal aparcado con uno de los neumáticos encima de la acera.

Bajaron dos hombres de aspecto rudo arrastrando a una mujer con muy malos modos de la parte de atrás de la furgoneta.

En un principio pensó que era su esposa, pero luego se dio cuenta de que a pesar de tener el mismo color de pelo, aquella chica era más baja y delgada, y quizá también más joven.

Cuando los tres entraron en la casa se escondió atemorizado, sin comprender qué estaba ocurriendo.

Escuchó cómo los individuos arrastraban a la chica escaleras arriba, entonces se encerró en una de las habitaciones. La planta de arriba tenía una sala de estar central de donde salían varias puertas, escogió una al azar y cerro tras de sí. Escuchó golpes y gemidos, seguro que tenían a la chica amordazada. Intentó llamar de nuevo, sin suerte; además, la batería de su móvil estaba muriendo.

Se asomó a una de las ventanas para pedir auxilio, quizá lograrse llamar la atención de alguno de los vecinos.

Quedó paralizado ante la imagen que se mostraba ante sus ojos. En la casa de enfrente, a través de los cristales de una de las ventanas, observó a su esposa y a sus dos hijas colocando libros en la estantería de su nuevo domicilio.

¿Cómo podía haberse equivocado de casa de forma tan absurda? Pensó mientras hacía señas intentando que se apercibiesen de su presencia sin hacer mucho ruido.

Luego se dio cuenta de que pondría en peligro a su esposa si lo veía y decidía venir a buscarlo a la casa. Aunque por otro lado, si el teléfono fijo funcionaba y era capaz de comunicarle a su mujer que debía llamar a la policía, era muy posible que salvase su propia vida y la de aquella desconocida.

Finalmente tomó una decisión más atrevida. El primer piso no estaba a demasiada altura y, quizá, atando unas sábanas pudiese descolgarse hasta el jardín lateral. Era un tanto arriesgado, con la lluvia podría resbalarse y llevarse un buen tortazo contra los rosales.

Así lo hizo, y sin avisar a su esposa, arrancó su coche, que continuaba aparcado frente al domicilio y se dirigió a la comisaría más cercana. De esta manera logró salvar la vida de una joven pese a cometer la torpeza de entrar en la casa equivocada, o quizá gracias a eso.

Llegó a casa empapado, su mujer no lo dejó pasar del vestíbulo, y lo recibió con estas palabras:

–Llegas tarde, ya lo hemos colocado casi todo. Cómo te gusta escaquearte. Debe haber pasado algo en la casa de los vecinos, ha llegado la policía. Espero que no sea nada grave. Nos dijeron que este era un barrio tranquilo.

FIN

Brasil

Después de varias horas de viaje en avión y de otras tantas en autocar, por fin llegaba a la casa de sus padres. Se trataba de una mansión colonial, pintada de blanco y con columnas en la fachada. Una amplia escalera daba acceso a la puerta principal. La casa estaba completamente rodeada de una espesa vegetación.

Posó la maleta en el suelo y le pareció que algún criado saldría a recogerla, pero no fue así, su hermano bajó corriendo y lo abrazó con cariño.

Luego se le escaparon algunas lágrimas.

–Ya descansa la pobre, ya terminó su dolor.

–¿Han llegado los demás? –pregunté para zafarme lo antes posible de los brazos de mi hermano.

–Eres el primero en aparecer.

De los cinco hermanos, Manuel había sido el único en permanecer en la mansión familiar, se trataba del más pequeño de todos ellos; y por tanto, se había visto obligado a cuidar de sus padres hasta el final de sus días. La última en morir había sido su madre, a cuyo funeral estaban citados.

Al resto de hermanos, todos en el extranjero, les importaba una mierda aquella ceremonia. Solo venían a repartirse la herencia y, aprovechando la estancia, disfrutar de algunos de los partidos del Mundial de Brasil.

Esto último lo habían comentado entre ellos, no le habían dicho nada a Manuel, que era el único que realmente sentía la pérdida de sus padres.

–Quiero enseñarte el invernadero, no lo había construido la última vez que estuviste en la casa.

Caminaron por un estrecho pasillo que conducía a la parte trasera, donde se encontraban las habitaciones de los invitados. Una de ellas tenía la puerta entreabierta, le pareció ver una bolsa de viaje sobre una de las sillas, pero no comentó nada. El pasillo terminaba en la salida de la parte de atrás.

Su hermano había creado una zona acristalada con estructura metálica comiéndole espacio a la selva que se extendía tras la casa.

Una vez dentro, se condujeron entre el laberinto de extrañas plantas de un tamaño enorme. Cuando estaban lo suficientemente perdidos en aquella jungla, Manuel le dijo que echase un vistazo mientras regresaba a por un regalo que tenía para él, y que luego subirían a despedirse de mamá.

El calor era asfixiante, se desabrochó la camisa que ya estaba lo suficientemente sudada. Se sofocaba a cada paso y la respiración se le antojaba dificultosa.

Sintió que alguien lo observaba. Comenzó a mirar aterrorizado hacia unas plantas que parecían moverse. Sería su imaginación, pero uno de aquellos arbustos tenía ojos, era un tronco vegetal con enormes brazos de liana. Los ojos estaban completamente inmóviles y abiertos. Se acercó y comenzó a desgajar trozos de la planta, era muy húmeda y blanda por lo que no le costó descubrir el rostro de su hermano mayor atrapado entre las fibras.

En aquel momento sintió que unos robustos brazos vegetales lo atraían y aprisionaban. Pronto se vio totalmente rodeado. La forma vegetal lo absorbió hasta encerrarlo con su verde gelatinoso.

FIN

Un muerto muy vivo

El motor del Rolls—Royce rugía mientras remontaba la empinada colina. Las ramas de los sauces se doblaban más tristes de lo normal a causa del peso de la incesante lluvia. La deslumbrante luz de un rayo anunció la llegada del detective. Pisó la gravilla del jardín con sus botas negras, se ajustó la gabardina y se cubrió con su sombrero a lo Bogart.

Uno de sus ayudantes le indicó que el cadáver se encontraba en el despacho situado a la derecha, frente a la escalera de caracol.

Cuando el agente entró en la habitación, esta se encontraba completamente vacía. En el suelo aparecía la silueta dibujada en tiza blanca, pero el cuerpo sobre el que se había dibujado se había evaporado.

Sus compañeros del departamento habían descuidado la escena de crimen; confiados en que el cadáver no se movería.

Aquel suceso tenía difícil explicación; sin embargo, era seguro que alguien cargaría con el mochuelo, eso incluía la bronca del jefe.

FIN

Aterrada

El callejón permanecía a oscuras; la chica tenía la ropa empapada; temblaba de miedo y frío oculta tras cajas de cartón y bolsas de basura. Había sufrido una terrible persecución, ahora se encontraba exhausta; trató de tranquilizar su respiración –agitada como un caballo desbocado– para no emitir ningún ruido que pudiese delatar su escondite.

Creyó que todo había pasado, pero el destello de un rayo iluminó el tenebroso pasadizo. Vio con claridad acercarse una horrenda figura, también supo que el deformado extraño había puesto sus turbadores ojos en ella.

La mañana amaneció tranquila y el cielo claro tras las lluvias de la madrugada. De una de las puertas de un almacén salió un hombrecillo arrastrando un enorme cubo de basura. Sorprendido por la dantesca escena, dejó caer los desperdicios al suelo y se tapó la boca para apagar un gemido.

Entre dos contenedores encontró a una chica desnuda, cubierta de sangre y con visibles signos de violencia sobre su cuerpo.

FIN

La fosa

El viento movía las hojas doradas por el sol, y arrancaba de ellas un sonido metálico, como si el baño de oro las hubiese convertido en láminas de amarillenta chapa.

Cansado de cavar, dejó la pala apoyada en el tronco y sacó un pañuelo del bolsillo trasero de sus vaqueros para secar el sudor de su frente.

No hacía demasiado calor y la brisa que peinaba las briznas de hierba era de agradecer. Sin embargo, le estaba costando más de lo que creía, no había contado con las raíces cuando pensó en hacer la fosa justo debajo de aquella majestuosa encina.

Se sentó derrotado, descansando su espalda en el rugoso tronco, escuchó el zumbido de las moscas y de los insectos propios de la hora de la siesta. Deseó cerrar los ojos, dormirse y no despertar más.

Entonces volvió a ser consciente del fardo tirado al borde de la vereda, era el cuerpo de su mujer envuelto en una sucia manta. Se arrastró por el suelo hasta quedar tendido con la cabeza sobre lo que se suponía era su vientre, lloró sin consuelo.

Enloqueció y se tumbó en el agujero que había cavado, apenas sí lo tataría si alguien lo enterrase allí. Comenzó a arrojar tierra al rostro y sobre el pecho hasta que sus brazos desfallecieron de puro cansancio.

Permaneció sin moverse cosa de un minuto, parecía muerto; hasta que, de pronto, se incorporó tosiendo y echando tierra, saliva y mocos. Cuando su respiración se estabilizó, volvió a dejarse caer de espaldas. Así permaneció hasta bien entrada la noche, deseando que alguien lo encontrase y se hiciese

cargo de él.

FIN

Testigo

La feroz cortina de lluvia dificultaba en exceso la visibilidad. Se quitó las gafas, empañadas por completo. Ajustó la bufanda, empapada, que ejercía un peso proporcional al agua que iba absorbiendo. La sensación de angustia aumentaba por momentos. Llevaba varios días escondiéndose, ocultándose tras las puertas y persianas cerradas a cal y canto de su domicilio. Ahora se arrepentía de haber aceptado la invitación de aquella chica, se había expuesto de manera innecesaria. La conoció en una feria de exposiciones, la química entre ambos resultó más que evidente, por lo que en un impulsivo acto de valentía, aquella que le faltaba ahora, le había anotado su teléfono en una servilleta de papel.

Morten había salido de la cárcel acogido a un permiso penitenciario. Podía ver su rostro amenazante filtrado entre las sombras de la noche. Lo último que dijo en el juicio, antes de que se lo llevaran los guardias por la fuerza, fue que lo mataría en cuanto saliese. Lo dijo señalándolo con el dedo índice, como si lo apuntase con una pistola.

Era imposible que Morten anduviese merodeando por la zona, a no ser que lo hubiese estado vigilando a la espera de un descuido semejante. Un terror irracional se apoderó de él, lamentaba haber declarado contra él, y ahora se arrepentía de haber rechazado el programa de protección de testigos, y más en concreto de haber abandonado su casa en una noche como aquella.

Comenzó a apresurar el paso, casi corría en algunos tramos sobre el asfalto encharcado. Un apagón generalizado, provocado por la tormenta, le hizo detener sus pasos, no veía absolutamente nada, temió tropezar o chocar

contra un árbol. Sin tiempo de sacar su móvil para iluminarse sintió una punzada en la espalda mientras escuchaba la carrera de su agresor alejándose en la penumbra.

FIN

Un cadáver en el centro del campo

Los caminos de la periferia son un trajín de carros tirados por mulas. El calor es sofocante a pesar de lo temprano de la hora. En un colegio de las afueras los niños salen al recreo, abandonan los muros de la escuela y se dirigen hacia el campo de tierra, que tiene dos porterías oxidadas y unas líneas a medio pintar.

La algarabía se detiene; el capitán del equipo, con el balón bajo el brazo, echa a correr de regreso y se dirige a una de las maestras.

—Señorita, hay un cadáver en el centro del campo.

Se sentó en mitad del desierto. Agradeció que el sol se hubiese ocultado tras las dunas. Caía la noche. Trozos de piel rojiza se desprendían de su cuello, brazos y rostro. Empinó su cantimplora y esperó con paciencia a que cayesen sobre sus ajados labios las tres últimas gotas de agua. Su dromedario había muerto la noche anterior. Volvió a levantarse y, con dificultad, escaló hasta lo alto de una cercana loma.

Una luz de esperanza se encendió en su interior, las farolas de la ciudad iluminaban un trozo de cielo allá en el horizonte. Sabía que las distancias en la oscuridad eran engañosas pero reunió las fuerzas suficientes como para emprender la marcha durante toda la noche.

Al amanecer comenzó a vislumbrar las primeras casas, a las afueras pudo ver un campo de fútbol.

—¡Ya está! Lo he logrado —pensó en voz alta.

A la altura del centro del campo se sintió desfallecer y cayó, primero de

rodillas, y luego de bruces.

FIN

Libertad

La chica tenía el rostro tan bello como la libertad. A Miguel aquello le supondría un gran inconveniente.

Biblioteca del autor:

Una llamada en mitad de la noche. Planeta

Inquietante afición. Leer-e

El misterio de tu caligrafía. Planeta

El caso del diamante. Bohodón Ediciones

Manuscrito ensangrentado

La venganza del ciego y otros cuentos